

MARIANO FAZIO

BEATO PABLO VI

GOBERNAR DESDE EL DOLOR

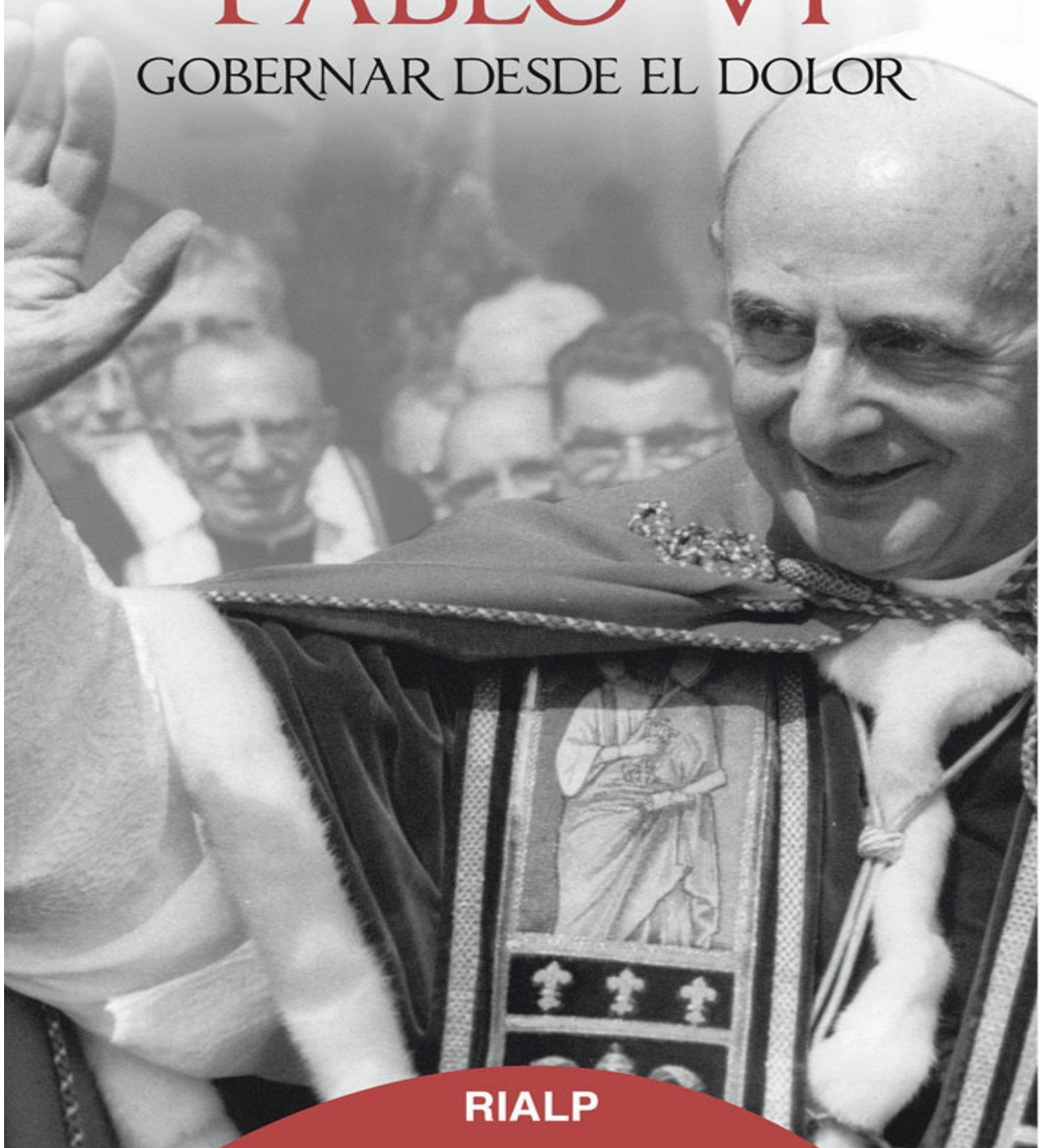


RIALP

MARIANO FAZIO

BEATO PABLO VI

GOBERNAR DESDE EL DOLOR



RIALP

¿Qué sería un evangelio, es decir, un cristianismo sin cruz, sin dolor, sin el sacrificio de Jesús? Sería un evangelio, un cristianismo, sin redención, sin salvación, de la cual tenemos necesidad absoluta. El Señor nos ha salvado con la cruz; con su muerte nos ha vuelto a dar la esperanza, el derecho a la vida...

Cargar con la cruz es algo grande, grande... Quiere decir afrontar la vida con coraje, sin blanduras ni vilezas; quiere decir transformar en energía moral las dificultades que nunca faltarán en nuestra existencia; quiere decir saber comprender el dolor humano, y por último, saber amar verdaderamente.

Pablo VI, Alocución, 24 de marzo de 1967

BEATO PABLO VI. GOBERNAR DESDE EL DOLOR

Mariano Fazio

BEATO PABLO VI. GOBERNAR DESDE EL DOLOR

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© 2014 *by* Mariano Fazio
© 2014 *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá, 290.
28027 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4435-6

ePub producido por Anzos, S. L.

INTRODUCCIÓN

Paseando un día por Ascoli Piceno, en la región italiana de Las Marcas, entré en una iglesia gótica. Observé con sorpresa que las vidrieras multicolores de las ventanas eran relativamente nuevas. Más sorprendente me resultó comprobar que sus temas eran alusivos al pontificado de Pablo VI. El que más me llamó la atención fue el que representaba al Papa dirigiéndose a la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 4 de octubre de 1965.

Han pasado ya 50 años de ese día memorable, y no podemos hacernos cargo de lo que supuso a los ojos del mundo que un Romano Pontífice tomara un avión, atravesara el Océano Atlántico, y se presentara ante los representantes de todas las naciones de la tierra urgiendo a la paz y poniendo metas morales altas a la comunidad internacional. Igual de revolucionario fue ver al Papa recorrer los cinco continentes, estrecharse en un abrazo con el Patriarca de Constantinopla, no utilizar la tiara ni la silla gestatoria, o concelebrar la Santa Misa. Hoy todo eso no nos dice demasiado, pero en los sesentas y setentas el mundo miraba atónito lo que acontecía en el Vaticano. Giovanni Battista Montini era un fino intelectual, de mirada penetrante, agudo en sus juicios, reflexivo —y por eso empleaba su tiempo para tomar decisiones—, con un cierto pudor en manifestar sus sentimientos. Característica esta última que podía hacerlo aparecer como distante, aunque en realidad no lo era. A los ojos de Dios, estos rasgos de su personalidad eran tan buenos como los de Juan XXIII. A los ojos del mundo, cuando Montini se convirtió en Pablo VI, si bien admiraban la capacidad intelectual y la altura moral y espiritual del nuevo Pontífice, muchos añoraban la bonhomía y la afabilidad del Papa Roncalli.

Pablo VI recibió una herencia no fácil: suceder al carismático Juan XXIII y continuar con un Concilio que se abrió lleno de esperanzas, pero que había manifestado desde el comienzo que en el seno de la Iglesia Católica había tensiones cuyas consecuencias podían tomar distintas direcciones, algunas preocupantes.

El Papa Montini inaugura una nueva etapa en la vida de la Iglesia, prologada por su predecesor: la Iglesia del Concilio Vaticano II, en plena continuidad con la Iglesia de todos los tiempos y, a su vez, con las características propias de la época contemporánea, llena de esperanzas y de desafíos. Durante su pontificado —aunque fue una constante en toda su vida— Gian Battista Montini observó con dolor el fuerte proceso de descristianización del mundo occidental, y puso todo su empeño en dialogar con ese mundo para iluminarlo con el Evangelio. Dirigió la Iglesia mientras estuvo reunido el Concilio, y la siguió gobernando en medio de las turbulencias del post-concilio. La amó entrañablemente, y por ese mismo amor sufrió indeciblemente su crisis.

En los apuntes que tomaba Karol Wojtyła en sus retiros espirituales, figura uno, fechado el 5 de septiembre de 1974. Es muy escueto, pero significativo. Dice así: «Gobernar la Iglesia apoyándose en toda la Voluntad de Dios; esto debe ir unido a cargar

con la cruz (Prueba: el pontificado de Pablo VI)»[1]. Desde Polonia, el futuro Juan Pablo II —o el predicador de su retiro— se daba cuenta de lo que sufría el Papa en Roma. El mismo Pablo VI, pocos meses después de ser elegido, escribía: «Me tengo que dar cuenta que esto es un Getsemaní, en el que debo permanecer todo lo que me queda de mi vida terrena: el sufrimiento de Cristo es mío... Quizá el sufrimiento —y Tú solo lo deberías conocer, oh Señor— valdrá más que la palabra, que la acción»[2].

Pablo VI gobernó la Iglesia desde el dolor. Asumió la carga pesada que puso sobre sus hombros el Espíritu Santo un día de junio de 1963. Todo parecía anunciar que se estaba por vivir una nueva primavera de la fe. Allí estaban los magníficos documentos del Concilio Vaticano II, que hablaban a la Iglesia y al mundo. En realidad, llegó un largo invierno, frío como la guerra no declarada entre las dos superpotencias de entonces, los Estados Unidos y la Unión Soviética. No esquivó las responsabilidades, y enfrentó la complejidad de los problemas que se le presentaban con serenidad de ánimo, basado en su profunda fe. Pero esa fe no le quitaba una expresión de preocupación y de dolor en su rostro. Si la santidad consiste en la identificación con Cristo, necesariamente hay que pasar por la cruz. Pablo VI se encontró con la cruz y la abrazó. Por eso el Papa Francisco lo ha propuesto como ejemplo de vida para todos los cristianos, y lo proclamó beato el 19 de octubre de 2014.

En las próximas páginas el lector podrá hacerse cargo sintéticamente de la parábola existencial del Papa Montini y del difícil período de la vida de la Iglesia y del mundo que, con sus luces y sus sombras, le tocó vivir. Acudimos a su intercesión para afrontar con su misma fe los desafíos del mundo contemporáneo. Un mundo al que el beato Pablo VI amó, comprendió, compadeció y procuró iluminarlo con luz del Evangelio.

- [1](#) K. Wojtyła-Juan Pablo II, *Estoy en tus manos. Cuadernos personales 1962-2003*, Diana, México 2014, 5-IX-1974, p. 139.
- [2](#) P. Macchi, *Paolo VI nella sua parola*, Morcelliana, Brescia 2001, p. 108.

CAPÍTULO I

BRESCIA (1897-1920)

Giovanni Battista Montini nace en Concesio, muy cerca de Brescia, el 26 de septiembre de 1897, segundo hijo del matrimonio formado por Giorgio Montini y Giuditta Alghisi. Allí poseían una casa donde pasaban períodos de descanso. Poco después de su nacimiento la familia se traslada a Brescia, la ciudad natal de los Montini.

La familia del futuro Pablo VI estaba plenamente insertada en la tradición católica de la burguesía del norte de Italia. Su abuelo era médico, y su padre, abogado y periodista. Giorgio Montini fue el director del periódico *Il Cittadino di Brescia*, de clara orientación democrática y católica. En 1919 fue elegido diputado por el Partido Popular, fundado por don Luigi Sturzo, ocupando un escaño en el parlamento italiano. En 1925, el fascismo incautó el periódico y Giorgio abandonó el parlamento. Es evidente el influjo del pensamiento democrático del padre en Montini, que siempre adhirió a un catolicismo deseoso de sacar consecuencias culturales, políticas y sociales de la fe. Battista —como le llamaban en su casa— tuvo una relación muy cercana con su padre, de quien siempre admiró su honestidad, coherencia con los ideales cristianos y búsqueda del bien común. A su vez, compartía con Giorgio su aversión a los regímenes totalitarios, en particular al fascismo y al comunismo.

La madre, Giuditta, lo formó en la piedad cristiana, y acompañó a Battista en todos los pasos que dio hasta su ordenación sacerdotal. Sus padres siempre estuvieron orgullosos de la vocación de su hijo. También formaban parte del grupo familiar sus hermanos Lodovico y Francesco, con quienes mantendrá relaciones fraternales de estrecha amistad y confianza, y la abuela Francesca, a quien querrá especialmente y de quien aprenderá virtudes cristianas acendradas.

Battista tuvo siempre una constitución física débil. De hecho, en los primeros meses de su vida es entregado a una nodriza para que lo amamante, en el pueblito natal de su madre, distante unos treinta kilómetros de Brescia, Verolavecchia, donde se respiraba un clima más sano. Cuando Battista retorne a su casa, extrañará a su «familia» de leche, y parte de ella se traslada por una temporada a Brescia, para que la separación no fuera tan dramática.

Montini realiza sus estudios primarios y secundarios en instituciones católicas de su ciudad —la escuela secundaria la realiza en el colegio de los jesuitas—, aunque con

frecuencia tuvo que ausentarse de las aulas por problemas de salud. Frecuentó las actividades espirituales y apostólicas de los padres oratorianos, y allí conoció a dos sacerdotes que le influyeron toda la vida: Giulio Bevilacqua y Paolo Caresana.

Alumno aplicado, encontró siempre la comprensión de las autoridades educativas por su poca presencia en las aulas. Imbuido de un ambiente de sólida vida cristiana tanto en su familia como en los colegios que frecuentó, estuvo bien dispuesto para recibir la llamada al sacerdocio. Lo comunicó a sus padres, hermanos y abuela, que recibieron la noticia con agradecimiento al Señor. El obispo de Brescia lo dispensó de la residencia en el Seminario diocesano: Battista fue alumno externo durante todos sus estudios eclesiásticos. Vivía con sus padres, y seguía un horario estricto donde estaba contemplado el estudio, la vida de piedad y el descanso.

A lo largo de toda su vida Montini tuvo particular facilidad para las relaciones personales. Tuvo buenas amistades en el colegio y en el seminario. En esos años escribió con frecuencia en el periódico escolar, y junto con unos amigos que compartían con él ideales cristianos y democráticos fundó un periódico de reflexión sobre la actualidad política y cultural italiana, llamado *La Fionda* (La honda), que tuvo buen impacto en la opinión pública del norte de Italia. No hemos de olvidar que en su casa se vivía con pasión la profesión periodística, siempre entendida como un servicio a la verdad.

Los años de *La Fionda* están caracterizados por la entrada decidida de los católicos en la vida política italiana. Como se recordará, Pío IX había prohibido la participación de los católicos en las actividades políticas, como protesta ante la usurpación de los Estados Pontificios por parte del Reino de Italia. Tal medida implicó que la esfera pública de la península estuviera dominada por las fuerzas socialistas y liberales, poco proclives a la defensa de los principios sostenidos por la doctrina de la Iglesia. Paulatinamente las circunstancias fueron cambiando, y después de algunas aperturas de san Pío X, el Papa Benedicto XV decide levantar todo tipo de prohibición para la actividad política de los católicos. Son años de lucha política fuerte, en la que los católicos democráticos puján por conseguir puestos de responsabilidad en la sociedad. En este ambiente Battista desenvuelve su labor de joven periodista. Su padre, Giorgio Montini, será uno de los puntos de referencia del laicado católico de Brescia, junto a otros dirigentes políticos.

La Gran Guerra (1914-1918) sorprende a Battista en el paso de la adolescencia a la juventud. La mayoría de sus compañeros de estudios y de los seminaristas son enrolados en el ejército italiano. Él será declarado no apto para el servicio militar, teniendo en cuenta su delicado estado de salud. Algunos de sus amigos caerán en el campo de batalla.

El 29 de mayo de 1920, restablecida la paz, recibió la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Gaggia, obispo de Brescia. Las emociones de la ordenación y la tensión acumulada en esos momentos debilitan la salud de Battista. Muchos pensaban que viviría poco tiempo. De hecho, Mons. Gaggia dijo que ordenaba a Battista «para el cielo». Pero se sobrepone a la enfermedad, y el obispo decide que continúe sus estudios en Roma, ciudad en la que vivirá la mayor parte de su vida[3].

* * *

Antes de pasar de Brescia a Roma, querríamos transcribir unas palabras de Pablo VI sobre sus padres, transmitidas a su gran amigo, el filósofo francés Jean Guitton: «A mi padre le debo los ejemplos de valentía, la idea de que nunca hay que descansar en la aceptación del mal, el juramento de nunca preferir la vida sobre las razones por las cuales vivir. Todo esto se podría resumir en una palabra: ser un testimonio. Mi padre nunca tuvo miedo. Y aquellos que lo conocieron vieron algo de intrépido en su vida.

A mi madre le debo el sentido del recogimiento, de la vida interior, de la reflexión orante, de la oración reflexionada; ella daba el ejemplo de una vida totalmente entregada.

Al amor de mi padre y de mi madre, a su unión, debo el amor de Dios y el amor de los hombres. (...) El amor de Dios, que ocupaba sus dos corazones y que los había unido en su juventud, se traducía en mi padre en la actividad pública, y en mi madre en el silencio. Yo diría que una misma voluntad obstinada, una misma determinación absoluta en mi padre era más bien fuerza, y en mi madre dulzura. Pero la dulzura se apoya en la fuerza»[\[4\]](#).

- [3](#) Sobre la infancia, adolescencia y juventud del futuro Pablo VI cfr. C. cremona, *Pablo VI*, Palabra, Madrid 1995;
A. tornielli, *Paolo VI, L'audacia di un Papa*, Mondadori, Milano 2009.
- [4](#) J. Guittou, *Dialogues avec Paul VI*, Fayard, Paris 1967, p. 75.

CAPÍTULO II

ROMA (1920-1954)

En Roma —ciudad donde había estado unos años antes, en peregrinación familiar— se aloja en el Colegio Lombardo, en donde residían los sacerdotes de las diócesis de Lombardía. En 1920 el Colegio estaba en la Via del Mascherone, en uno de los barrios más pintorescos de la Ciudad Eterna, a dos pasos de Piazza Farnese y muy cerca de Campo dei Fiori y de Piazza Navona. Battista inicia sus estudios en la Facultad de Letras de la Universidad de La Sapienza —la universidad pública de Roma— y al mismo tiempo comienza a frecuentar la Facultad de Filosofía de la Universidad Gregoriana. En noviembre de 1921 ingresa en la Pontificia Academia de Nobles para el servicio diplomático de la Santa Sede. Deja el Colegio Lombardo y se traslada al Palazzo della Minerva, donde tiene su sede la Academia. Battista se declara extraño a las gestiones que determinaron estos cambios: está en Roma por obediencia al obispo de su diócesis. Pero otras personas se mueven —entre ellos un diputado de Brescia muy influyente y amigo de su padre, Giovanni Maria Longinotti— y consiguen que el joven sacerdote se ponga al servicio de la Santa Sede.

Montini no muestra especial entusiasmo por la carrera diplomática. En la visita que hace el nuevo Romano Pontífice a la Academia de Nobles —Pío XI, electo en febrero de 1922 y amigo de la familia Montini— pregunta por el alumno más joven. Es Battista, a quien saluda con mucho afecto y envía recuerdos a su padre. Será este Papa —lombardo como Montini— quien lo enviará en 1923 por pocos meses de agregado de la Nunciatura en Varsovia. Pero desde Roma deciden su regreso, y se incorpora al trabajo en la Secretaría de Estado. Montini irá asumiendo posiciones de mayor responsabilidad, hasta llegar a Pro-Secretario de Estado durante el pontificado de Pío XII.

1. Entre universitarios

El futuro Papa tuvo una clara vocación intelectual y era consciente de la importancia de la evangelización de la cultura. Consideraba que el diálogo con el mundo moderno implicaba una reflexión intelectual cristiana, que pudiera tender puentes hacia ámbitos que se habían alejado del calor de la fe. Con facilidad para los estudios, en 1922 obtuvo

el doctorado en derecho canónico en el seminario de Milán, y en 1924 los doctorados en filosofía y teología. Todas sus ansias de apostolado cultural se ven satisfechas cuando es nombrado primero consiliario del Círculo Romano de Universitarios Católicos, y en 1925 consiliario de la Federación de Universitarios Católicos (FUCI), cargo que ocupa hasta 1933. Son años de profunda formación espiritual y cultural: en este período traduce el ensayo *Tres Reformadores*, de Jacques Maritain, autor con el que mantuvo una estrecha amistad. Su trabajo en la FUCI lo hacía compatible con el que desempeñaba en la Secretaría de Estado.

Son muchos los testimonios de la labor intensa y fecunda de Montini en las asociaciones de universitarios católicos. Impulsó cursos de formación, publicaciones, congresos. Además, procuraba que la doctrina fuera acompañada por la piedad, para que se asentara la coherencia entre doctrina y vida. Por eso, dedicó mucho tiempo a la dirección espiritual de los jóvenes católicos, a quienes veía como el futuro de una Italia con fuerte identidad cristiana.

La salida de Montini de la FUCI no fue espontánea: le piden la renuncia, aparentemente por ser persona no grata al régimen fascista, siendo hijo de Giorgio Montini y proveniente del mundo del asociacionismo católico, hostil a la mentalidad de partido único del Duce, quien siempre intentó tener el monopolio de la formación de la juventud. Pero la separación de Battista de su cargo se debió sobre todo a las típicas celotipias que lamentablemente se dan a veces en el ámbito del apostolado. Algunos miembros de la Compañía de Jesús consideraron que el apostolado de Montini hacía sombra al que realizaban ellos con la juventud universitaria. También en la diócesis de Roma había gente que no miraba con buenos ojos tanto despliegue pastoral y algunas de sus ideas litúrgicas, y el Cardenal Vicario, Marchetti Selvaggiani, consigue influir en la Secretaría de Estado para quitar de en medio a Montini de la FUCI. Battista sufre estas persecuciones con visión sobrenatural y con plena obediencia a sus superiores.

2. En la Secretaría de Estado

Desde 1933 tendrá dedicación exclusiva a la Secretaría de Estado. Montini tiene fama de trabajador incansable. En diciembre de 1937, durante el pontificado de Pío XI, es nombrado Sustituto, es decir, el tercer cargo en importancia del Vaticano. Desde esa posición tendrá un trato asiduo con el cardenal Eugenio Pacelli, Secretario de Estado y futuro Pío XII, quien lo confirmará en el cargo cuando suba al trono de Pedro en 1939. Battista acompañará a Pacelli a Budapest, donde tuvo lugar un Congreso Eucarístico Internacional. Anteriormente había realizado viajes, por estudio o por misión diplomática, a Francia, Inglaterra, Suiza y Alemania.

Pío XII nombrará Secretario de Estado al cardenal Luigi Maglione. Cuando este muere en 1944, el Papa decide no nombrar a ninguno para ese cargo, y gobierna la Iglesia Universal valiéndose de la colaboración de Montini y de Mons. Domenico Tardini, responsables de las dos secciones en las que estaba dividida la Secretaría de

Estado.

Los primeros años de Montini Sustituto de la Secretaría de Estado bajo el Papa Pacelli fueron de intensa actividad diplomática y asistencial. Desde el comienzo de su pontificado, Pío XII proclama palabras de paz, para tratar de impedir que estalle un segundo conflicto bélico mundial[5]. El clima internacional era incandescente, después del *Anschluss*, la invasión alemana de Checoslovaquia y las relaciones cada vez más tirantes entre Alemania y Polonia. En abril el Papa envía unos telegramas a los embajadores ante la Santa Sede de cuatro naciones —Alemania, Francia, Inglaterra y Polonia— para convencerles sobre la oportunidad de organizar una conferencia entre ellos para resolver pacíficamente sus diferencias. Las respuestas, aunque corteses, son negativas. El 24 de agosto, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Pío XII transmite un mensaje radiofónico con un encendido llamado a la paz. La frase central de su discurso es: «Todo está perdido con la guerra; nada se puede perder con la paz»[6]. Este mensaje lo pronuncia el Papa sentado en su despacho. Detrás, de pie, están Montini y Tardini. El texto del famoso llamado a la paz había sido redactado por Battista. Lamentablemente, haciendo oídos sordos a las palabras del Papa, el 1.º de septiembre de 1939, con la invasión de Polonia, se daba inicio a la tragedia.

Durante la guerra, Pío XII se puso a la cabeza de una vasta organización para salvar vidas humanas y para aliviar los sufrimientos de las poblaciones en conflicto. Para todas estas actividades, su mano derecha fue Mons. Montini. Desde 1939 el Papa instituye el *Ufficio Informazioni del Vaticano per i prigionieri di guerra*. Mientras duró el conflicto, y hasta 1947, esta oficina elaboró 2.100.000 fichas sobre los prisioneros y las víctimas de las persecuciones. Allí trabajaron centenares de empleados, que lograron proveer de informaciones a los parientes de las personas desaparecidas. Hay que añadir que el *Ufficio* estaba al servicio de todos, sin distinción de raza o credo. En concreto, fueron examinadas 102.026 solicitudes de información referentes a israelitas.

Muy conocida es la decisión tomada por el Papa en 1943 de abrir las puertas de las instituciones religiosas de Roma a todos los hebreos perseguidos por las fuerzas de ocupación alemana. Se calcula que 4.447 judíos fueron salvados por esta decisión. Existe una amplia bibliografía sobre el tema[7]. También en este aspecto Montini tiene un papel de primer orden. Y cuando Roma sea bombardeada, en 1944, y el Papa decida ir al lugar de la tragedia para estar cerca de las víctimas, quien acompaña al Romano Pontífice y reparte su ayuda material entre los damnificados es el futuro Pablo VI.

Durante y después de la guerra, la figura de Montini en la Secretaría de Estado está en continuo ascenso. Dedicó muchas horas al día a recibir personas, que se presentan con todo tipo de asuntos, desde diplomáticos a religiosos. Es unánime la impresión que deja en las personas recibidas por él: delicadeza en el trato, inteligencia penetrante, preocupación sincera por lo que el interlocutor le comunica. Tenemos el testimonio de Mons. Álvaro del Portillo, quien trató con mucha asiduidad a Montini en esos años, y que fue beatificado con una diferencia de pocas semanas respecto a Pablo VI. Escribe Del Portillo, relatando la audiencia que tuvo san Josemaría Escrivá y él con el Sustituto, el 8 de julio de 1946: «Pasamos tarjeta e inmediatamente sale Mons. Montini. Está

cariñosísimo. La conversación se prolonga hasta cerca de tres cuartos de hora. Hay momentos en que Mons. Montini se emociona de verdad y se le humedecen los ojos. Comprende perfectamente todo. Se ofrece para cuanto sea necesario: dice que hagamos una lista con lo que se nos ofrezca, y se la mandemos.

Comenta que es día de gran alegría para él pues, por su puesto, casi solo tiene que ver los sufrimientos de la Iglesia: persecuciones, escándalos, zonas enormes en las que no se puede decir una sola Misa... Y que por eso está más alegre hoy, en que le llegan tantas noticias tan buenas y ve deseos tan grandes de servir y amar a la Iglesia.

Añade que él ha trabajado antes con universitarios, pero siempre sin conseguir los frutos que ve en la Obra.

Cuando al final, el Padre (san Josemaría) le pide la bendición, se emociona hasta el punto de que contesta hablando de tú: ‘Si eres tú el que me la tiene que dar’»[8].

El ritmo de trabajo de Montini es impresionante. El periodista Federico Alessandrini lo describe así: «Las habitaciones del Sustrituto, en la Secretaría de Estado, eran tres: una sala de espera, un salón para las audiencias, y, contigua, la oficina propiamente dicha. Por diecisiete años ese fue el ambiente vaticano de trabajo cotidiano de Mons. Montini. Temprano por la mañana, después de ver los expedientes más urgentes, se preparaba para la audiencia del Papa: los oficiales le llevaban los papeles que se acumulaban en el gran portafolio de cuero: examinaba atentamente uno a uno, pidiendo, si fuera el caso, las aclaraciones necesarias. Después descendía al apartamento del Papa y se entretenía con él largamente; volvía por lo general entre las 10.30 y las 11.00, e inmediatamente llamaba a sus colaboradores y distribuía el trabajo. Sucesivamente pasaba al salón contiguo y comenzaba a recibir personas que estaban en la sala de espera. En el salón adornado de rojo con los típicos sillones, consolas, diván, pasaban cardenales y hombres de Estado, diplomáticos y escritores, periodistas más o menos insignes y profesionales, obispos y curas de campo, viejos conocidos. Acogía a todos con la misma cordialidad llena de compostura, a todos dejaba hablar, respondía claramente sin divagaciones. No tenía nunca apuro, aunque hubiera pasado la una de la tarde y se acercaran las dos. Hablaba abierta y sinceramente, porque sabía bien que la mejor diplomacia es la no diplomacia, la franqueza. Cuando despedía al último visitante ya no quedaba nadie en las oficinas de la Secretaría de Estado: salía el último, y bajaba al piso inferior, donde estaba su apartamento. Más tarde, después de un breve reposo, dedicaba alguna hora a la pastoral, generalmente en la iglesia parroquial del Vaticano, Santa Ana. A veces iba a la Chiesa Nuova; pero entre las 17.30 y las 18.00 estaba nuevamente detrás de su mesa de trabajo. Durante una o dos horas discutía con sus colaboradores los asuntos en curso: casi siempre tenía una opinión madurada, pero quería confrontarla con el parecer de las personas que habían seguido el tema más de cerca. Después, cuando los oficiales estaban a punto de irse, a eso de las 20.00, comenzaban para él las horas del trabajo más intenso y más recogido, en un silencio casi absoluto. Dejaba su lugar de trabajo cuando era ya de noche, salvo que lo llamara el Papa»[9].

En este período fallecen sus padres: Giorgio el 12 de enero de 1943, y su madre, Giuditta, cuatro meses más tarde, el 17 de mayo.

La «carrera» vaticana de Montini, contra todos los pronósticos, termina abruptamente, al menos de momento: el 1 de noviembre de 1954 es nombrado arzobispo de Milán. Mucho se ha escrito sobre las causas del alejamiento de Montini de la curia vaticana. Hay quienes ven maniobras en torno a Pío XII para desacreditarlo. Se habla de algunas iniciativas que habría tomado Montini respecto a la política italiana que no gustaron al Santo Padre, que no habría sido consultado, o quizá algún nombramiento episcopal en los países de detrás de la cortina de hierro que no fue acordado previamente con Pío XII. Lamentablemente no faltan en la historia de la Iglesia, junto a las luces de la santidad de vida de tantos de sus hijos, las sombras de las intrigas, calumnias y envidias de los ambientes eclesiásticos, a veces demasiado cerrados. Lo cierto es que Montini se aleja de los palacios vaticanos, pero se va nada menos que a la arquidiócesis de Milán, que no era un castigo, sino una de las sedes episcopales más importantes del mundo, donde podría desarrollar una vasta misión apostólica. Además, el nombramiento en Milán lo ponía en carrera —viendo las cosas desde una perspectiva humana— para llegar al papado. Y todo esto, ciertamente, Pío XII lo sabía.

A pesar de que le cuesta dejar Roma y se siente apartado —hay testigos que hablan de las lágrimas derramadas en los días anteriores a su partida hacia Milán— Gian Battista Montini mantendrá siempre una gran unión con Pío XII, un afecto filial, y defenderá su memoria, como veremos más adelante, en su viaje a Tierra Santa, ya como Pablo VI.

- ⁵ Para una visión sintética y completa sobre este tema, cfr. P. blet, *Pío XII e la seconda guerra mondiale negli archivi vaticani*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1999. La Santa Sede ha publicado, por decisión de Pablo VI, una colección de documentos en varios volúmenes: *Actes et documents du Saint Siège relatifs à la II Guerre Mondiale*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1967-1981.
- ⁶ AAS, 31 (1939), p. 334
- ⁷ Cfr. A. GasPari, *Los judíos, Pío XII y la leyenda negra*, Planeta Testimonio, Barcelona 1999.
- ⁸ Diario escrito por Álvaro del Portillo, 8 de julio de 1946. Citado en L. cano, *San Josemaría ante el Vaticano. Encuentros y trabajos durante el primer viaje a Roma del 23 de junio al 31 de agosto de 1946*, en *Studia et Documenta* n. 6 (2012), Roma, p. 174.
- ⁹ F. alessandrini, *Nella scia di Pietro*, en *Studium*, diciembre de 1970, pp. 936-946. Citado por A. tornielli, *Paolo VI ...*, cit., p. 132.

CAPÍTULO III

MILÁN (1954-1963)

El período milanés de Montini fue proficuo: realizó una visita pastoral a su extensa diócesis, acudiendo a más de 800 parroquias, y promovió una misión diocesana, calificada de «urbana», que le sirvió para entrar en contacto con los más distintos sectores del pueblo, partiendo de los obreros de la gran periferia milanese hasta llegar a los intelectuales. Desde el comienzo de su pontificado se da cuenta del proceso de secularización en curso, y le duele no llegar a tiempo en muchos ambientes donde la descristianización es evidente. Será habitual su llamada a que retornen los alejados, y les pide perdón porque está convencido de que la mayoría de las veces la causa del alejamiento de la Iglesia ha sido el mal testimonio de los católicos, clero y laicos incluidos.

La arquidiócesis milanese era enorme: cuatro millones de almas, casi mil parroquias, 3.700 sacerdotes diocesanos y religiosos, 13.000 monjas. Orgullosa de una tradición de santidad en sus obispos —habían regido sus destinos nada menos que san Ambrosio en el siglo IV y san Carlos Borromeo en el XVI—, Montini sucedía al monje benedictino Ildefonso Schuster, hoy beato.

El nuevo arzobispo no tiene mucha experiencia pastoral, y con humildad y sencillez va dando sus primeros pasos. Cuenta con la ayuda de dos obispos auxiliares. En este período comienza a colaborar con él, como secretario personal, don Pasquale Macchi, que lo acompañará fielmente hasta el último día de su vida.

Si en su época de la FUCI procuró mantener un diálogo fluido con el mundo universitario, y desde las oficinas de la Secretaría de Estado dialogó con todo tipo de personas, ahora se le abre un panorama inmenso. El arzobispo Montini está continuamente visitando parroquias, impulsando iniciativas de evangelización y de promoción social —logra construir dos barrios para los inmigrantes que llegan del sur de Italia— y entrando en contacto con todas las dimensiones de la vida milanese. Tendrá particular atención al mundo obrero: Milán es una metrópoli industrial, que trabaja seriamente, pero que a su vez sufre los vaivenes de la fluctuante situación económica.

Montini también se ocupará de la Acción Católica y de las asociaciones confesionales de obreros. Está siempre atento a distinguir entre asociacionismo católico y política partidista de la Democracia Cristiana, partido heredero, después de la Guerra Mundial,

del *Partito Popolare* de don Sturzo, y en el que había militado su padre Giorgio. El arzobispo está preocupado con la «apertura hacia la izquierda» de la Democracia Cristiana —la alianza con los socialistas para evitar una mayoría comunista—, y procurará que se mantenga la clara identidad católica de ese partido político, sin lograrlo demasiado.

Siendo arzobispo de Milán realizó dos viajes intercontinentales, uno a Estados Unidos y Brasil, y el otro a distintos países de África. En Rodesia la arquidiócesis tenía una misión. Montini volvió muy impresionado de la fe del pueblo, y de la pobreza material. En esta dimensión internacional tuvo un traspie, cuando envió al gobierno español, presidido en ese momento por Francisco Franco, un telegrama pidiendo que no se condenara a muerte a un estudiante y a dos obreros que habían realizado un atentado terrorista. Montini estaba mal informado, pues no se les había condenado a muerte sino a prisión. Además, el texto de la petición de Montini había sido publicado por los diarios antes de que llegara oficialmente al gobierno de Madrid, cosa inaceptable desde un punto de vista diplomático. La reacción de Franco fue educada en la forma pero dura en el contenido, y el arzobispo no quedó bien parado en este asunto. Al escribir Montini nuevamente a Madrid aclarando algunas situaciones, el gobierno de Franco dio por zanjado el asunto.

Los milaneses estaban impacientes porque pasaban los años y su arzobispo todavía no era cardenal. Era lógico que quien ocupara la sede de san Ambrosio y san Carlos tuviera esa distinción. Pero Pío XII no había creado nuevos cardenales desde el nombramiento de Montini como arzobispo de Milán, y descendió a la tumba sin nombrarlos. De hecho, en el cónclave que tiene lugar después de la muerte de Pío XII hay 17 capelos cardenalicios vacantes. Parece que entre los nombres que se barajaron para suceder a Pío XII estaba el de Mons. Montini, aunque pocas posibilidades tenía no siendo cardenal.

Los milaneses pudieron quedar satisfechos cuatro años después del nombramiento de Montini: el 15 de diciembre de 1958 Juan XXIII lo crea cardenal, encabezando la lista de purpurados del primer consistorio del Papa Bueno. Montini tenía gran sintonía con el cardenal Angelo Roncalli —el futuro Juan XXIII—, y colaboraron mutuamente en el gobierno de las dos diócesis más emblemáticas del norte de Italia: Milán y Venecia. El epistolario entre Montini y Roncalli consta de más de 200 cartas, donde se manifiestan mutua estima y coincidencia en sus puntos de vista pastorales[10].

Cabe añadir que el arzobispo Montini se dirige inmediatamente a Roma cuando se entera de la muerte de Pío XII, y en la catedral de Milán, frente a su grey, hace un panegírico de quien fuera «su» Papa en la mayoría de sus años romanos. Desde que fue nombrado en la sede de Milán hasta la muerte del Papa, Montini se encontró varias veces en audiencia privada con Pío XII.

Montini participará activamente en la primera sesión del Concilio Vaticano II, inaugurado por san Juan XXIII el 11 de octubre de 1962. Cuando se entera de la convocatoria, en 1959, su primera reacción —compartida por la mayoría de los cardenales— fue de sorpresa y de un cierto temor: «Será un avispero», sentenció. Pero después el temor dejó paso a la esperanza. Fue convocado para la segunda fase

preparatoria del Concilio. Hizo muchas sugerencias e intervino frecuentemente en los debates que darían como resultado los esquemas que se presentarían en el aula conciliar. Sus propuestas van desde el uso de la lengua vernácula en gran parte de la liturgia, pasando por la necesidad de establecer las causas del auge del secularismo y del comunismo en el mundo moderno. El Montini de la fase preparatoria es un anticipo de las ideas centrales de su pontificado.

Antes de participar en el Concilio, el cardenal pronuncia un discurso memorable en el Campidoglio, sede del gobierno municipal de Roma, con ocasión de un curso de conferencias sobre el Concilio y la Iglesia. En su intervención, Montini subraya que fue providencial la pérdida de los Estados Pontificios en 1870. La autoridad moral del Romano Pontífice no hizo sino crecer a partir de esa fecha, y las confusiones entre lo espiritual y lo temporal fueron aclaradas, no sin dolores y sufrimientos por ambas partes. Se adelantaba así a la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la autonomía relativa de lo temporal, y al magisterio en torno a la sana laicidad de su sucesor Benedicto XVI.

El 18 de octubre, una semana después del comienzo de la reunión conciliar, redacta una carta al Secretario de Estado, Amleto Cicognani, donde manifiesta con toda confianza la necesidad de establecer claramente el rumbo del Concilio. Entre otras cosas afirma que es muy grave «la inexistencia de un diseño orgánico, ideal y lógico del Concilio (...). Me parece que el Concilio no cuenta con un plan de trabajo preestablecido. Si es así, como parece, su desarrollo se verá dirigido, o quizá, comprometido, por razones extrínsecas a las cuestiones de que el Concilio debe ocuparse... Esto es peligroso para el éxito del Concilio; esto aminora su significado; esto le hace perder ante el mundo esa fuerza ideal y esa comprensibilidad de la que puede depender en gran medida su eficacia. El material preparado no parece conformar una estructura armónica y unitaria, y no se eleva a la altura de un faro que ilumine nuestro tiempo y nuestro mundo».

Montini añade en la carta algunas propuestas de programa conciliar, resumidas así por Carlo Cremona: «El Concilio debía ocuparse de un solo problema: la Iglesia. Habría de concluir las resoluciones interrumpidas por la brusca suspensión (que no clausura) del Concilio Ecuménico Vaticano I, que había definido la autoridad e infalibilidad del Romano Pontífice. Los Padres del Concilio Vaticano II deberían ratificar al Papa sus prerrogativas ya definidas, y pasar a profundizar en la naturaleza de la Iglesia, particularmente en su relación con el mundo moderno: qué es la Iglesia; su misterio como imagen de Cristo y realización histórica del Cuerpo Místico de Cristo; hacer de la humanidad una Iglesia. En este punto habría de concluir la primera sesión.

La segunda sesión: ¿qué hace la Iglesia?; la Iglesia que enseña; la Iglesia que ora (aquí iría el capítulo sobre Sagrada Liturgia); la Iglesia que gobierna (mediante sus diversos cargos pastorales); la Iglesia que sufre (el dolor, la persecución...).

Montini preveía, después, una tercera sesión: las relaciones de la Iglesia con el mundo circundante, ajeno y alejado de ella (los hermanos separados; la sociedad civil; los Estados; el mundo de la cultura, de la ciencia, del trabajo; las otras religiones; los enemigos de la Iglesia, etc)»[\[11\]](#). En general se tuvieron en cuenta estas sugerencias. Insistirá en esas mismas ideas en una intervención oral que tiene el 6 de diciembre en el

aula conciliar. Llevarlas a la práctica será una tarea encomendada por la Providencia fundamentalmente a él. Pocos meses después de escribir esta carta, sucedía a san Juan XXIII en el solio pontificio.

* * *

Los años de Milán fueron sin duda importantes en la preparación de Montini para ejercer el papado. La metrópoli lombarda representaba en dimensiones bastante considerables los dramas y las esperanzas del mundo contemporáneo. El proceso de urbanización deshumanizante, los problemas ligados al rápido desarrollo industrial, las mil facetas del proceso de secularización estaban a la orden del día. Milán fue el laboratorio pastoral del futuro Pablo VI. Allí adquirió la experiencia que le faltaba mientras estuvo en los ambientes curiales.

Pío XI había sido arzobispo de Milán por pocos meses, antes de su elección como Romano Pontífice en 1922. Afirmó que era más difícil gobernar la diócesis de Milán que ser Papa en Roma[12]. Montini seguramente no estaría de acuerdo con su predecesor: si bien sufrió en sus años milaneses, una cruz más pesada le esperaba a orillas del Tíber.

[10](#) Cfr. *Lettere di fede e di amicizia (1925-1963)*, ed. de Loris F. Capovilla y Marco Roncalli, Studium, Roma 2013.

[11](#) C. creMona, *Pablo VI*, cit., p. 222.

[12](#) Cfr. J. Guitton, *Dialogue avec Paul VI*, cit., p. 89.

CAPÍTULO IV

TU ES PETRUS (1963-1978)

1. Un pontificado para el diálogo y la paz

El 3 de junio de 1963 moría Juan XXIII, el papa profético y visionario, que conquistó al mundo con su bondad y su afabilidad. Roncalli tenía un carácter «vendedor», y no sería fácil sucederle en la Silla de Pedro. Tres semanas después de su fallecimiento, el 21 de junio, en el sexto escrutinio del cónclave preparado para designar a su sucesor, el cardenal Montini era elegido Papa, tomando el nombre del gran apóstol de las gentes, Pablo.

De los ocho cónclaves que tuvieron lugar en el siglo XX, solo en dos se desmintió el dicho italiano que afirma que «quien entra papa sale cardenal». Tal frase sostiene que habitualmente el Espíritu Santo sorprende y es elegido como Romano Pontífice un cardenal que no estaba entre los «papables». Las dos desmentidas fueron la elección de Pacelli como sucesor de Pío XI, y la de Montini como sucesor de san Juan XXIII. En Montini se unían una gran experiencia curial, una cultura muy abierta al mundo contemporáneo, y una intensa experiencia pastoral en Milán. Otros candidatos —por lo poco que se puede saber de lo que sucede en un cónclave— fueron los cardenales Hildebrando Antoniutti, de la curia romana, y Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia. Algunos querían cerrar la ventana abierta por Juan XXIII. Otros querían abrirla de par en par. La mayoría deseaba la renovación iniciada por el Concilio, en la fidelidad a la tradición, y encontraron en Montini la persona más adecuada.

El 30 de junio tuvo lugar la ceremonia de coronación, que se realizó por primera vez en la Plaza de San Pedro. Y fue la última en que un Papa utilizara uno de los emblemas de su poder: la tiara. Al año siguiente, Pablo VI daría la tiara donada por los feligreses de Milán —y que tenía la forma de una ojiva espacial—, al cardenal Spellman, de Nueva York, para que la subastara en beneficio de los pobres.

Ya en el discurso de apertura, el Papa subrayó uno de los temas centrales de su pontificado: el diálogo, y más en concreto el diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Todos los ideales nobles del mundo contemporáneo, como los deseos de justicia, de paz, de desarrollo, de cooperación, Pablo VI los hacía suyos, y ponía a la Iglesia como servidora de la humanidad, para remediar sus males.

Precisamente el tema del diálogo será fundamental en su encíclica programática *Ecclesiam suam*, promulgada el 6 de agosto de 1964, en la cual el Papa se dirigía a toda la humanidad, desde los ateos a los «hijos de la Casa de Dios». Pablo VI presentaba la salvación del hombre en el contexto de un diálogo entre Dios y la criatura humana. Si la Iglesia quiere salvar al mundo debe entablar un diálogo que tenga las mismas características que este diálogo iniciado por iniciativa divina. Así, en el n. 29 de la encíclica, describía las características que habría que tener el coloquio entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. Lo transcribimos textualmente y completo, porque aquí se ponen de manifiesto algunos elementos del estilo montiniano de acercarse al mundo: «Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debamos nosotros, esto es, la Iglesia, tratar de establecer y promover con la humanidad.

El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: *El nos amó el primero*; nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados.

El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: *De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito*; no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.

El diálogo de la salvación no se ajustó a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido, como tampoco por los resultados que conseguiría o que echaría de menos: *No necesitan médico los que están sanos*; también el nuestro ha de ser sin límites y sin cálculos.

El diálogo de la salvación no obligó físicamente a nadie a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor, el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando inclusive la cantidad y la fuerza probativa de los milagros a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder, por otro lado, el mérito de tal asentimiento. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada por coacción externa, sino tan solo por los legítimos caminos de la educación humana, de la persuasión interior y de la conversación ordinaria, ofrecerá su don de salvación, quedando siempre respetada la libertad personal y civil.

El diálogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna; de igual modo el nuestro debe ser potencialmente universal, es decir, católico, y capaz de entablarse con cada uno, a no ser que alguien lo rechace o insinceramente finja acogerlo.

El diálogo de la salvación ha procedido normalmente por grados de desarrollo sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito; también el nuestro habrá de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz. No por ello nuestro diálogo diferirá para mañana lo que se pueda hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo. Hoy, es decir, cada día, debe volver a empezar, y por parte nuestra antes que por

parte de aquellos a quienes se dirige»[13].

Pablo VI proponía un diálogo universal, que incluyera a cristianos, creyentes en otras religiones y no creyentes. Pero para salvar al mundo hay que entrar en contacto con él. «Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó»[14].

Junto al diálogo, el tema de la paz era prioritario: «Y ante todo decimos que Nos sentiremos particularmente obligados a volver no solo nuestra vigilante y cordial atención al grande y universal problema de la paz en el mundo, sino también el interés más asiduo y eficaz. Ciertamente lo haremos dentro del ámbito de Nuestro ministerio, extraño por lo mismo a todo interés puramente temporal y a las formas propiamente políticas, pero solícito en contribuir a la educación de la humanidad en los sentimientos y procedimientos contrarios a todo conflicto violento y homicida y favorables a todo pacífico arreglo, civilizado y racional, de las relaciones entre las naciones. Solicitud Nuestra será igualmente apoyar la armónica convivencia y la fructuosa colaboración entre los pueblos con la proclamación de los principios humanos superiores que puedan ayudar a suavizar los egoísmos y las pasiones —fuente de donde brotan los conflictos bélicos—. Y no dejaremos de intervenir donde se Nos ofrezca la oportunidad para coadyuvar a las partes contendientes a fin de lograr soluciones honrosas y fraternas. No olvidamos, en efecto, que este amoroso servicio es un deber que la madurez de las doctrinas, por una parte, y de las instituciones internacionales, por otra, hace hoy más apremiante en la conciencia de nuestra misión cristiana en el mundo, que es también la de hacer hermanos a los hombres, precisamente en virtud del reino de la justicia y de la paz, inaugurado con la venida de Cristo al mundo».

El Papa prometía que en el futuro abordaría los grandes problemas del mundo, y confiaba que el Concilio también se ocuparía de ellos[15]. Esta promesa la cumplirá tres años más tarde con la publicación de la encíclica *Populorum progressio*. El Concilio, por su parte, produciría la Constitución pastoral *Gaudium et spes*.

¿Por qué el Papa insistía desde el comienzo de su ministerio petrino con tanta frecuencia sobre la paz? La situación internacional durante el pontificado de Pablo VI era dramática: estuvo atravesada por las tensiones propias de la Guerra fría, es decir por el enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética —entre la NATO y el Pacto de Varsovia—, y que se evidenciaba en los conflictos de Vietnam, Medio Oriente, África. Guerra fría que hacía pender sobre el mundo, como espada de Damocles, la

confrontación nuclear.

En este ambiente de continua tensión y de miedo generalizado por una posible hecatombe atómica, Pablo VI se propuso ser un profeta de paz, subrayando también la necesidad de la justicia, sin la cual no hay auténtica paz. Instituyó las jornadas mundiales de la paz, que se celebrarían todos los años el 1º de enero, tradición que se mantiene hasta el día de hoy.

En este ámbito de búsqueda de la paz, prosiguió la política de apertura al diálogo con los gobiernos de detrás de la cortina de hierro, que había iniciado Juan XXIII. Fue la llamada *Ostpolitik*. El Papa Montini distinguía claramente —como había hecho su antecesor— entre doctrinas erróneas y personas que profesan esas doctrinas. Consideró que era necesario entablar conversaciones con los gobiernos, para encontrar espacios de libertad para una Iglesia que estaba oprimida por los regímenes marxistas. Tal política levantó muchas polémicas, y no fue del todo entendida por la Jerarquía que vivía en Europa central y oriental, y a la postre se demostró ineficaz. Pero el objetivo final no era «ablandar» las condenas doctrinales al marxismo —son muy explícitas las referencias al marxismo en su encíclica inaugural y continuas sus manifestaciones de apoyo a la llamada «Iglesia del silencio»—, sino procurar aliviar los sufrimientos de tantos creyentes que se veían imposibilitados de vivir abiertamente su fe^[16].

También intervino activamente para poner fin a la Guerra de Vietnam, dirigiendo constantes llamadas al cese del fuego, a entablar negociaciones y llegar a acuerdos. A veces fue escuchado, y muchas otras veces su voz fue la de aquel que clama en el desierto. Su rol en este conflicto recuerda las angustiosas llamadas que Pío XII dirigía al mundo durante la Segunda Guerra Mundial para poner fin a la violencia. Algunas de estas llamadas, como ya se dijo, habían sido redactadas por Mons. Montini.

Siguiendo en este contexto de búsqueda de la paz, Pablo VI decidió que la Santa Sede se adhiriera al Tratado internacional de no proliferación nuclear, en febrero de 1971. La Santa Sede también tomó parte a pleno título de la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa, en donde se abordó el tema de los derechos humanos, incluida la libertad religiosa, que tuvo lugar en 1975 en Helsinki.

* * *

Pablo VI —al igual que el Apóstol de las gentes— sentía la solicitud por todas las iglesias. Cargaba con un enorme peso sobre sus hombros, que lo llevaba solo, con la ayuda de Dios. Vemos en el Papa Montini una capacidad de sufrimiento muy grande, de soledad vivida cara a Dios. Leamos algunos de sus apuntes de los primeros meses de su pontificado. El mismo día de su elección escribe: «Estoy en el apartamento pontificio; impresión profunda de malestar y de confianza a la vez. Telegramas a casa, a Milán, a Brescia, etc., a algunas personas amigas —llamadas por teléfono—, y, después, la noche: oración y silencio. No, en realidad no es silencio: el mundo me observa, me acosa. Debo aprender a amarlo verdaderamente. La Iglesia tal como es. El mundo tal como es. ¡Qué esfuerzo! Para amar así hay que pasar por el amor de Cristo. ¿Me amas? Apacienta la

grey. ¡Oh Cristo, oh Cristo! No permitas que me separe de Ti, oh Cristo, oh Cristo: yo en Ti. Muchas impresiones pueden conmover y distraer, creando fantasías y sentimientos, de los que otros suelen sacar temas de conversaciones y charlas agradables; yo no: es necesario que alimente mi conciencia y mi vida interior con otros pensamientos, los de la función imponente que se me ha confiado; de la reserva interior y exterior que dicha función impone; de la referencia a Cristo, a Dios, que postula como su fuente y su razón de ser. Conciencia de siervo obligado a grandes cosas»[17].

Durante el verano del 63 escribe frases conmovedoras: «Las informaciones sobre los Padres de detrás de la Cortina de Hierro: ¡cuánto dolor! ¡No es la Iglesia del silencio, sino la del dolor de la humillación y, frecuentemente, la Iglesia de la sangre! ¡En estos años se ha producido en el mundo un martirologio trágico y conmovedor! Y así, ¡qué tristeza da contemplar la ruina de la Iglesia en algunos países musulmanes! ¿Cuándo será posible una comprensión con estos pueblos, hasta el momento extraordinariamente ricos en fuerzas humanas y espirituales? Me tengo que dar cuenta que esto es un Getsemaní, en el que debo permanecer todo lo que me queda de mi vida terrena: el sufrimiento de Cristo es mío... Quizá el sufrimiento —y Tú solo lo deberías conocer, oh Señor— valdrá más que la palabra, que la acción»[18]. Tornielli afirma que esta última frase ofrece la clave de lectura más auténtica de su pontificado[19].

En el retiro espiritual que hace en Castelgandolfo en el mes de agosto, dice: «Mi posición es única, es decir, me coloca en una extrema soledad. Ya era grande antes, ahora es total y tremenda. Da vértigo. Como una estatua sobre una aguja de una catedral, es más, como una persona viva como soy yo. También Jesús estuvo solo en la Cruz. No debo tener miedo, no debo buscar un apoyo exterior que me descargue de mi deber. Y sufrir solo... Yo y Dios»[20].

2. El Concilio Vaticano II: diálogo y fortaleza

La primera decisión que toma Pablo VI, recién elegido Papa, es la de continuar con el Concilio Vaticano II. Se fijó para el 29 de septiembre de 1963 el inicio de la segunda sesión. La primera parte de su pontificado se identifica con el desarrollo de la asamblea conciliar. El Romano Pontífice tuvo un papel clave, sabiendo respetar la libertad de los padres conciliares para un amplio debate, y a su vez reafirmando la autoridad de Supremo Pastor de la Iglesia siempre que fue preciso para salvaguardar el patrimonio de la revelación y de la tradición.

En los discursos inaugurales de las tres sesiones que tuvieron lugar durante su pontificado, subrayó las esperanzas que suscitaba el Concilio, y la necesidad de proceder en una estrecha unidad entre el Papa y los obispos, atentos a las inspiraciones del Espíritu Santo, custodiando el depósito de la fe y siendo sensibles a las expectativas del mundo.

Pablo VI no dudó en intervenir directamente cuando consideraba que era necesario enmendar algún texto para que quedara más claramente expresada la doctrina de la

Iglesia. Lo hizo varias veces: añadió una nota explicativa a la constitución *Lumen gentium* para aclarar que el colegio episcopal tiene autoridad en la Iglesia siempre que lo haga *cum Petro et sub Petro*; realizó varias enmiendas al documento sobre el ecumenismo —*Unitatis redintegratio*—; quiso que quedara más explícita la inmoralidad de los anticonceptivos en la *Gaudium et spes*; sustrajo del debate conciliar el tema del celibato sacerdotal —tema al cual le dedicará una valiente encíclica, *Sacerdotali coelibatu* (1967)—; insistió en la mejora del texto sobre la Revelación, etc. A su vez, decidió nombrar a la Virgen María como Madre de la Iglesia, cosa a la que algunos se oponían para no herir a los observadores de otras confesiones cristianas.

Pablo VI actuaba en conciencia, sintiendo la responsabilidad de conservar la fe siendo fiel a todo el depósito revelado. No actuó como político para poner de acuerdo a la mayoría conciliar con la minoría, sino que intervino siempre que consideró necesario hacerlo, haciendo uso de sus prerrogativas como Romano Pontífice. Lleno de fe en los resultados del Concilio, sin embargo no dejaba de vislumbrar tensiones en su seno, e interpretaciones torcidas que ya se hacían incluso antes de terminar las sesiones. Son ilustrativas las siguientes palabras, escritas de su puño y letra el 24 de abril de 1965, y dirigidas al cardenal Bea: «Hay quien piensa que el Concilio esté excesivamente dominado por la presencia de los “hermanos separados” y por su mentalidad. El Concilio habría sufrido una disminución de su “libertad” psicológica. Parece que fuera más importante agradar a los hermanos separados que tutelar la coherencia de las enseñanzas de la Iglesia Católica. Los Concilios de Trento y Vaticano I no parecen ejercer la debida autoridad en la orientación doctrinal del Concilio. La autoridad del magisterio eclesiástico se descuida, a favor de las opiniones “progresistas”, las cuales son frecuentemente protestantes o de tendencias irenistas y laicas. Las opiniones de los peritos prevalecen sobre los documentos pontificios y sobre las opiniones de muchos obispos preocupados y deseosos de conservar para el pensamiento católico su función de custodiar e interpretar el patrimonio doctrinal que se deriva de la Revelación y de la tradición de la enseñanza eclesiástica. Si así fuera, el Concilio Vaticano II abriría un período de agitaciones doctrinales y confusión espiritual. La Iglesia, en vez de salir del Concilio más unida y más fuerte, saldría sacudida y debilitada»[\[21\]](#).

En esta línea de custodiar el depósito de la fe, Pablo VI publica el 3 de junio de 1965 —es decir, antes de la clausura del Concilio— la encíclica *Mysterium fidei*, toda dedicada a la Eucaristía. Presentando la doctrina sobre este sacramento de una forma orgánica, y recogiendo las definiciones de los Padres de la Iglesia y de los concilios anteriores, el Papa sale al paso de algunas doctrinas erróneas que ponían en duda la presencia real del Señor en la Eucaristía.

Bien señala Tornielli que, observando las intervenciones directas del Papa en los trabajos conciliares, se concluye que «la división en dos fases del pontificado montiniano, que verían primero a un Papa cercano a las posiciones progresistas, y después, “arrepentido”, acercarse a las posiciones más moderadas, no parece corresponder a la realidad. Echando una mirada al modo en que “el timonel del Concilio” guió sus trabajos se aprecia su gran conciencia de la función que le había sido

asignada. Y hace aparecer forzadas algunas interpretaciones propuestas por corrientes historiográficas autorizadas, que atribuyen a la acción frenante de la curia romana las intervenciones papales que restringen los textos conciliares, y que pintan a Pablo VI casi como un rehén de la minoría (conservadora) de los padres. En cambio, parece mucho más acorde al desarrollo de los hechos y a la personalidad de Montini el suponer que, frente a las cuestiones delicadas y capitales, él no se planteaba una cuestión de mayoría o minoría, casi como que una reproposición de las verdades fundamentales de la fe, con una presentación puesta al día, fuera solamente una cuestión de votos. Si bien respetando la autonomía del Concilio, el Papa eligió comportarse en este modo, consciente de la tarea de conducir a buen puerto la no fácil asamblea conciliar»[22].

El 8 de diciembre de 1965 Pablo VI clausura el Concilio Vaticano II, en una ceremonia llena de simbolismos de diálogo y apertura al mundo. Los documentos conciliares ponían al día la presentación de la fe de la Iglesia. Los católicos iniciaban, con alegría y esperanza —*gaudium et spes*—, el período post-conciliar.

3. Dialogando con el mundo: los tres viajes durante el Concilio

Durante la celebración del Concilio, Pablo VI realizó tres viajes de gran significado simbólico: uno a Tierra Santa (1964), durante el cual se estrecha en un abrazo con el Patriarca Atenágoras de Constantinopla, un segundo a la India (1964), en donde entra en contacto con multitudes de no cristianos, y otro a la Asamblea General de las Naciones Unidas (1965), en donde abraza simbólicamente a toda la humanidad. Los tres viajes manifiestan su voluntad de diálogo con el mundo.

a) Tierra Santa

El primer viaje tiene un significado de volver a las fuentes del cristianismo, siguiendo las huellas que dejó Jesús en su paso por la tierra. Pero no hay que olvidar el obvio sentido ecuménico que se da en esos días, ni restar importancia al diálogo interreligioso con judíos y musulmanes.

El viaje fue histórico: el 4 de enero de 1964 subía por primera vez en la historia un Papa en ejercicio a un avión —un DC8 de Alitalia—. Ahora estamos más que acostumbrados a los desplazamientos papales, pero en ese momento causó sensación. De hecho, cuando Pablo VI regresó a Roma, el 6 de enero, una multitud lo saludó desde el aeropuerto de Ciampino hasta la Plaza de San Pedro. Incluso se asomó a la ventana de su escritorio para agradecer a los miles de fieles que se habían congregado allí para darle la bienvenida. Era la primera vez en muchos años que un Papa volvía del extranjero.

El Papa llegó a Ammán, donde lo recibió el rey Hussein de Jordania, y se dirigió en automóvil a Jerusalén, parando en el Jordán. Al entrar en la ciudad santa por la puerta de Damasco, una multitud lo recibió, y todos los operativos de seguridad fallaron ante la

presión de la gente. Las visitas a los lugares santos estuvieron llenos de emotividad, y el Papa estuvo siempre acompañado por una masa de gente que lo rodeó de cariño. Momento culminante de la visita fueron los dos encuentros con el Patriarca Atenágoras de Constantinopla. Era un paso muy significativo en el diálogo ecuménico. Los regalos intercambiados entre los dos estaban cargados de simbolismo, y auspiciaban que en el futuro se podría comulgar en plena unidad de fe. Dos años después, Roma y Constantinopla se levantaban mutuamente la excomunión que habían sentenciado las dos iglesias cuando se consumó la ruptura en 1054.

En esos momentos el territorio de Tierra Santa, y más en concreto Jerusalén, estaba dividido en dos soberanías: la del Estado de Israel y la de Jordania. La Santa Sede no había reconocido todavía a Israel, y por lo tanto nunca se mencionó la expresión «Estado de Israel» en los discursos oficiales. En las palabras de despedida a las autoridades israelíes, pronunciadas el 5 de enero, Pablo VI hizo una larga referencia a la memoria de Pío XII: palabras valientes en defensa de Eugenio Pacelli, cuando arreciaba una campaña en su contra, acusándolo de supuestos silencios frente al holocausto judío. Palabras, además, generosas, para borrar toda sombra de duda sobre la admiración que Montini tenía por Pacelli. Vale la pena transcribir todo el discurso, que es muy breve: «Al terminar esta jornada inolvidable Nos quisiéramos, con vosotros, hacer subir hasta el Cielo el himno del agradecimiento. No se olvidan, cuando han sido vistos una vez, estos lugares que hacen revivir a la vez el antiguo y el nuevo testamento, estos lugares impregnados de los recuerdos de la Biblia, de los ejemplos y de las enseñanzas de Jesucristo.

A las Autoridades y a todos los aquí presentes, Nos volvemos a manifestar Nuestra satisfacción por esta visita, Nuestra gratitud por la acogida que se nos ha dispensado y por las atenciones de que Nos hemos sido objeto.

Hemos venido entre vosotros con los sentimientos de Aquel a Quien somos conscientes de representar y que los Profetas anunciaron en otros tiempos con el nombre de *Príncipe de la Paz*. Esto equivale a decir que Nos no tenemos para todos los hombres y para todos los pueblos más que pensamientos de benevolencia. La Iglesia, en efecto, los ama igualmente a todos.

Nuestro gran Predecesor Pío XII lo afirmó con fuerza y en muchas ocasiones, durante el último conflicto mundial, y todo el mundo sabe lo que hizo por la defensa y la salvación de todos los que soportaban la prueba, sin ninguna distinción. Sin embargo, como sabéis, se han querido sembrar sospechas e incluso acusaciones contra la memoria de este gran Pontífice. Tenemos la satisfacción de tener ocasión de afirmarlo en este día y en este lugar: nada más injusto que ese atentado contra tan venerable memoria.

Quienes, como Nos, han conocido más de cerca a esta alma admirable, saben hasta dónde podían llegar su sensibilidad, su compasión por los sufrimientos humanos, su valor y la bondad de su corazón.

Bien lo sabían también los que, terminada la guerra, acudieron con lágrimas en los ojos a darle las gracias por haberles salvado la vida. Verdaderamente, conforme al ejemplo de Aquel al que representa acá en la tierra, el Papa no desea más que el

verdadero bien de todos los hombres.

Nos formulamos los mejores votos por vosotros, al final de esta visita, complaciéndonos en pensar que Nuestros hijos católicos, que viven en esta tierra, continuarán disfrutando en ella de los derechos y de las libertades que hoy se reconocen generalmente a todos».

El viaje a Tierra Santa quedó en la memoria de muchos. Fue muy breve —del 4 al 6 de enero— pero con consecuencias importantes. Pablo VI volverá a entrevistarse con el Patriarca Atenágoras en julio de 1967, esta vez en Turquía, y más en concreto en el Fanar, la «Santa Sede» de Constantinopla. Los dos rezan juntos en la catedral ortodoxa de San Jorge, y pronuncian palabras de paz, reconciliación y deseos de unión. El 26 de octubre de ese año es Atenágoras quien emprende el viaje a Roma para retribuir la visita del Pontífice.

El Papa Francisco quiso recordar el cincuentenario de la histórica visita de Pablo VI a Tierra Santa con una peregrinación en mayo de 2014, donde se encontró con el Patriarca Bartolomé.

b) La India

El segundo viaje intercontinental tuvo como meta la India. En Bombay se iba a celebrar un Congreso Eucarístico Internacional, y Pablo VI aceptó la invitación cursada por el arzobispo Gracias. En este viaje, largo en la distancia pero breve en el tiempo, ya que fue realizado entre el 2 y el 5 de diciembre de 1964, hizo escala en Beirut, donde lo recibió en el aeropuerto una auténtica multitud. El viaje a la India —además del motivo explícito de presidir el Congreso Eucarístico— encarna el deseo de establecer puentes con el mundo no cristiano. El Papa fue saludado por mareas de gente que iban a ver al «santón vestido de blanco que llegaba de Occidente». Pronunció palabras de paz, de amor, de búsqueda de la justicia. Se puso en contacto con la miseria de inmensas masas de desheredados, visitó hospitales e instituciones de caridad, pero se enojó cuando se enteró que habían mitigado algunos aspectos más crudos de la pobreza de esos lugares para que el Papa no se impresionara demasiado. Decidió regalar el Mercedes Benz blanco en el que se desplazaba a la Madre Teresa de Calcuta, para que lo vendiera y continuara con sus obras al servicio de los más necesitados.

c) Las Naciones Unidas

El tercer viaje «conciliar» lo realiza Pablo VI a Nueva York en octubre de 1965, y tiene como meta la visita a la Asamblea General de las Naciones Unidas. El Papa había aceptado una invitación del Secretario General de ese momento, U-Thant, con ocasión de los veinte años de la fundación de la ONU. Presidía la Asamblea el italiano democristiano Amintore Fanfani, viejo conocido de Montini.

El viaje fue increíblemente breve: 32 horas entre el 4 y el 5 de octubre. El Papa visitó Harlem, la catedral de San Patricio, mantuvo un coloquio con el presidente Johnson, y por la noche celebró la Santa Misa en el *Yankee Stadium*. Pero el objeto principal de su rápido paso por Nueva York fue hablar frente a los representantes de todos los países en la sede de las Naciones Unidas.

Paulo VI pronunció un discurso memorable. Se presentó como «desprovisto de todo poder temporal, sin nada que dar, sin nada que pedir», más que los anhelos de paz y de justicia de toda la humanidad. En ese mismo discurso se refirió a sí mismo, no en cuanto a su persona sino como la personificación de la Iglesia, como «experto en humanidad». Añadió que enviaba el saludo de todos los obispos del mundo, reunidos en Roma en el Concilio Ecuménico.

Felicitó a las Naciones Unidas por los esfuerzos realizados en favor de la paz. Animó a proseguir dichos esfuerzos, también para evitar más guerras: «Aquí nuestro mensaje llega a su punto culminante. Negativamente primero: Es la palabra que aguardáis de nosotros y que nosotros no podemos pronunciar sin tener conciencia de su gravedad y de su solemnidad: Nunca jamás los unos contra los otros; jamás, nunca jamás. ¿No es con ese fin sobre todo que nacieron las Naciones Unidas: contra la guerra y para la paz? Escuchad las palabras de un gran desaparecido: John Kennedy, que hace cuatro años proclamaba: “La humanidad deberá poner fin a la guerra, o la guerra será quien ponga fin a la humanidad”. No se necesitan largos discursos para proclamar la finalidad suprema de vuestra organización. Basta recordar que la sangre de millones de hombres, que sufrimientos inauditos e innumerables, que masacres inútiles y ruinas espantosas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo. ¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad».

En esta intervención solemne no olvidó de hacer un valiente llamado a la defensa de la dignidad de la persona humana, y en particular de los dos derechos humanos más fundamentales: la libertad religiosa y el derecho a la vida: «Lo que vosotros proclamáis aquí son los derechos y los deberes fundamentales del hombre, su dignidad y libertad y, ante todo, la libertad religiosa. Sentimos que sois los intérpretes de lo que la sabiduría humana tiene de más elevado, diríamos casi su carácter sagrado. Porque se trata, ante todo, de la vida del hombre y la vida humana es sagrada. Nadie puede osar atentar contra ella. Es en vuestra Asamblea donde el respeto de la vida, aun en lo que se refiere al gran problema de la natalidad, debe hallar su más alta expresión y su defensa más razonable. Vuestra tarea es hacer de modo que abunde el pan en la mesa de la humanidad y no auspiciar un control artificial de los nacimientos, que sería irracional, con miras a disminuir el número de convidados al banquete de la vida».

Terminaba su discurso con un llamado a la conversión y a la unión de los corazones, implorando la bendición de Dios. Fue realmente un momento culminante de su pontificado. Este viaje fue proseguido idealmente por el que realizó a Ginebra en junio de 1969, a la sede de la Organización Internacional del Trabajo, donde se unió a la celebración por el cincuentenario de su fundación, pronunciando un discurso sobre el

valor humano del trabajo y los riesgos de una visión economicista de las relaciones entre el trabajo y el capital.

* * *

En un diálogo con Jean Guitton, Pablo VI explica el significado de estos tres viajes: «La Iglesia está encarnada en el tiempo. Es espiritual y temporal. No puede carecer de un rostro: es el rostro de un tiempo y de una nación. Sé que se le reprocha (a la Iglesia) de ser italiana, como antes, de ser francesa. ¡Habría que obligar al Papa a dejar de ser hombre! Lo que conviene es que el Papa elija un sitio, un lugar, un pueblo, una nación, un punto en el espacio; que se eleve sobre ese punto, y que lo visite como Cristo lo hubiera visitado. Las palabras de un Papa son diferentes de las de un jefe de Estado. Haga lo que haga, lo hace siempre como Padre universal. Y es eso lo que el pueblo que recibe sus palabras siente; es precisamente por eso que lo recibe. Usted subraya que en estos tres viajes nunca fuimos a una tierra propiamente católica. Se podría pensar que los primeros viajes del Santo Padre deberían ser reservados a los países de vieja tradición católica, a los grandes lugares de devoción católica. El Papa ha navegado mar adentro y se ha dejado llevar. Le fue necesaria fe, un poco de confianza, un poco de amor al riesgo. Ha sido recompensado»[\[23\]](#).

4. La encíclica *Populorum progressio* y los viajes al tercer Mundo

En 1967, el Papa Pablo VI escribía la célebre encíclica *Populorum progressio*, en donde analizaba la problemática del desarrollo político, económico y social, y proponía un nuevo humanismo, basado en la antropología cristiana, en donde el desarrollo fuera verdaderamente integral, es decir puesto al servicio de la persona humana en todas sus dimensiones. A su vez, el Papa defendía el derecho de la Iglesia a la intervención en materias políticas, sociales y económicas, desde una perspectiva cristiana, dando orientación y salvaguardando el orden moral natural.

Muy feliz es la expresión utilizada en su encíclica: «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz». En sus páginas, Pablo VI analiza en primer lugar el estado del mundo: clama al cielo la desigualdad entre ricos y pobres, entre naciones desarrolladas y naciones que se encuentran en situaciones inhumanas. Critica la política de las potencias coloniales, muchas veces signadas por el egoísmo y la búsqueda de la propia gloria, aunque también reconoce los beneficios que dejaron los países europeos en lo que se refiere a educación y salud. El contexto internacional en que se escribe la encíclica es el propio del proceso de descolonización: decenas de países en África y Asia estaban dando sus primeros pasos de vida independiente.

Pablo VI insiste en que el desarrollo tiene que implicar a todo hombre y a todo el hombre. De ahí que advierta contra la tentación del materialismo, que empobrece la visión antropológica integral. Insiste en la función social de la propiedad privada, la

necesidad de una reforma agraria en amplios sectores del mundo, la equidad en las relaciones comerciales entre el norte y el sur, la importancia moral y estratégica de la educación para salir de situaciones de subdesarrollo inhumano.

Montini también subraya la distinción de funciones entre la Iglesia y el Estado, a la vez que afirma la necesaria colaboración a favor de la paz: «La actual situación del mundo exige una solución de conjunto que arranque de una clara visión de todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales. Merced a la experiencia que de la humanidad tiene, la Iglesia, sin pretender en modo alguno mezclarse en lo político de los Estados, está “atenta exclusivamente a continuar, guiada por el Espíritu Paráclito, la obra misma de Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”. Fundada para establecer, ya desde acá abajo, el Reino de los cielos y no para conquistar terrenal poder, afirma ella claramente que los dos campos son distintos, como soberanos son los dos poderes, el eclesiástico y el civil, cada uno en su campo de acción. Pero, al vivir en la historia, ella debe “escudriñar bien las señales de los tiempos e interpretarlas a la luz del Evangelio”. En comunión —ella— con las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verles satisfechos, desea ayudarles a que consigan su pleno desarrollo, y precisamente para esto ella les ofrece lo que posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad»[\[24\]](#).

Recalcando la doctrina conciliar sobre la misión específica de los laicos en la sociedad, el Papa hace en dicha encíclica un llamamiento final a todos los hombres de buena voluntad. Refiriéndose en concreto a los católicos, afirma: «Nos conjuramos, ante todo, a Nuestros hijos. En los países en vías de desarrollo, no menos que en los otros, los seglares deben tomar como su tarea propia la renovación del orden temporal. Si es oficio de la Jerarquía enseñar e interpretar en modo auténtico los principios morales que en este terreno hayan de seguirse, a los seglares les corresponde, por su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas o directrices, penetrar con espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de sus comunidades de vida. Necesarios son los cambios, indispensables las reformas profundas: deben emplearse en infundirles resueltamente el soplo del espíritu evangélico. A Nuestros hijos católicos pertenecientes a los países más favorecidos, Nos les pedimos que aporten su activa participación en las organizaciones oficiales o privadas, civiles o religiosas, que se dedican a vencer las dificultades de las naciones en vía de desarrollo. Estamos muy seguros de que tendrán empeño en hallarse en la primera fila entre los que trabajan para traducir en hechos una moral internacional de justicia y de equidad»[\[25\]](#).

La *Populorum Progressio* está tomando el lugar de la *Rerum novarum* como hito de la doctrina social, pues al igual que sucedió con la encíclica de León XIII, los papas sucesivos a Pablo VI han querido recordarla con otras encíclicas al cumplirse aniversarios redondos de su publicación, como es el caso de la *Sollicitudo rei socialis* de san Juan Pablo II y de la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI. La encíclica fijaba su atención sobre todo en África, Asia y Latinoamérica, y fue recibida en esos continentes con gran entusiasmo.

Pero la predilección del Papa Pablo por los más pobres no se refleja solo en el texto de la *Populorum progressio*, sino en los viajes que realizó a esas zonas del mundo. Los viajes de Pablo VI inauguraron un nuevo modo de ejercer el pontificado. San Juan XXIII había traspasado los límites del Lazio por primera vez desde la pérdida de los Estados Pontificios. Ahora, el Papa Montini, después de sus tres célebres viajes durante el Concilio, dirigía sus pasos a Fátima (1967), Turquía (1967), Bogotá (1968), Ginebra (1969), Uganda (1969), y a algunos países de Asia y Oceanía (1970). Vamos a detenernos en algunos de estos viajes.

a) Bogotá

Comencemos con su visita a Bogotá, realizada entre el 22 y el 25 de agosto de 1968. El Papa iba a Colombia para presidir el Congreso Eucarístico Internacional y para inaugurar la segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, que tendría lugar en Medellín.

Pablo VI sabía que, dado el carácter tenso de las realidades sociales y políticas en una América Latina militarizada, y teniendo en cuenta la efervescencia de la propaganda marxista, algunas de las ideas de la *Populorum progressio* habían sido mal interpretadas por algunos teólogos y líderes sociales católicos. En concreto, dos son los puntos más conflictivos de la encíclica, que citamos a continuación: «Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana»[26]. En el número siguiente añadía: «Sin embargo, como es sabido, la insurrección revolucionaria —salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor»[27]. Hubo quienes pensaron que el Papa justificaba la lucha armada.

El viaje del Papa a Colombia —el primero a América Latina de un Romano Pontífice en ejercicio— ratificó el inmenso amor del pueblo latinoamericano por el Sucesor de Pedro, y hubo auténticas multitudes que siguieron la presencia y la palabra del Papa Montini. En varias de sus intervenciones públicas, Pablo VI quiso subrayar la incompatibilidad entre violencia y cristianismo, saliendo al paso de las interpretaciones erróneas de la *Populorum progressio*. El día anterior a la apertura de la Conferencia de Medellín, el Papa advertía: «Muchos, especialmente entre los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales que, según ellos, no consentirían la consecución de unas efectivas condiciones de justicia para los individuos y las comunidades; y algunos concluyen que el problema esencial de América Latina no puede ser resuelto sino con la violencia. Con la misma lealtad que reconocemos que tales

teorías y prácticas encuentran frecuentemente su última motivación en nobles impulsos de justicia y de solidaridad, debemos decir y reafirmar que la violencia no es evangélica ni cristiana»[28].

En el discurso de apertura de la Conferencia volvía sobre el tema: «Ni el odio, ni la violencia son la fuerza de nuestra caridad. Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger el del esparcimiento de sangre y el de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que, por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente»[29]. Y añadía: «entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el marxismo ateo ni la rebelión sistemática»[30].

Anteriormente, en su discurso a los campesinos colombianos, después de afirmar que los pobres son sacramento de Cristo, completaba: «Permitidme, finalmente, que os exhortemos a no poner vuestra confianza ni en la violencia ni en la revolución; tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar o no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente»[31].

Las advertencias pontificias iban unidas a la clara determinación del Papa de ponerse al servicio de los pobres, de los marginados y de los humildes, y a la fuerte denuncia de las estructuras sociales, económicas y políticas injustas. La presencia del Papa Montini en Latinoamérica fue un preámbulo de oro a los continuos viajes de san Juan Pablo II al continente de la esperanza.

b) Uganda

Del 31 de julio al 2 de agosto de 1969 Pablo VI realiza un viaje memorable a África. Como se recordará, ya había estado en ese continente cuando era arzobispo de Milán. Esta vez su meta es Uganda. Años antes había canonizado a Carlos Lwanga y sus compañeros, que a fines del siglo XIX murieron mártires, junto con algunos cristianos anglicanos, por no acceder a las peticiones homosexuales del rey. El Papa consagraría un santuario en memoria de esos testigos africanos de la fe. Como siempre, hubo multitudes que siguieron al Romano Pontífice, quien subrayó el crecimiento de la Iglesia en el continente negro y el enraizamiento de la fe. Animó a realizar una buena inculturación del Evangelio: unidad en la doctrina y vivencia de la fe según las tradiciones locales, purificando las culturas de todo aquello contrario al Evangelio y a la dignidad de la persona. También hizo un llamado a la cooperación internacional desde un pequeño pueblo de chozas, manifestando así su cercanía con los más pobres y necesitados.

c) Asia y Oceanía

El Papa Peregrino, como le llamaban sus contemporáneos, hará su último gran viaje entre noviembre y diciembre de 1970, esta vez a Asia y Oceanía. Su primer objetivo es

Filipinas, el país con más católicos del continente asiático. Antes de llegar a Manila hace escala en Teherán, donde es acogido por el Shah de Persia, y decide aterrizar también en Dacca, Pakistán, que había sido víctima de un tifón. El recibimiento que le ofrecen en la capital filipina, Manila, es apoteósico, y Pablo VI entrará en contacto directo con millones de personas. Lo más anecdótico fue el atentado que sufrió en el aeropuerto, cuando un desequilibrado se lanza sobre él y lo hiere con un puñal. Gracias a Dios no tuvo graves consecuencias para su salud, pero el susto fue grande. Tanto su secretario personal, Mons. Macchi, como el después famoso Mons. Marcinkus, que en ese momento se encargaba de la organización de los viajes papales, actuaron con rapidez y lograron capturar al que atentó contra la vida del Papa.

En Filipinas es acogido por todo tipo de personas: multitudes católicas que asisten a las ceremonias litúrgicas, grupos de intelectuales, pobres y miserables que se agolpan en torno al Papa cuando visita las barracas de las periferias de la gran ciudad.

El viaje —el más largo de su pontificado— prosigue en Samoa, donde habla de la necesidad de hacer llegar el Evangelio hasta los últimos confines del mundo, en Australia, en Indonesia —donde sufre un desvanecimiento por el cansancio acumulado y por el calor— y en Hong-Kong, todavía bajo el régimen británico. Pablo VI es consciente que detrás de la ciudad-estado se extiende el gran imperio chino, en ese momento gobernado despóticamente por Mao Tse-tung. Las palabras que pronuncia allí habían sido muy meditadas, y ofrece una mano extendida a las autoridades comunistas, subrayando que la Santa Sede ha querido siempre ser amiga del pueblo chino. Pablo VI lamentará la ausencia de los obispos de esa región en el Concilio Vaticano II.

Este último viaje manifiesta el deseo explícito de Pablo VI de ponerse en diálogo con todo el mundo. Un diálogo que tiene como fin último la misión evangelizadora, y que implica también el desarrollo integral de las personas y de las sociedades, siguiendo las líneas maestras de la *Populorum progressio*.

5. El difícil post-concilio[32]

En los años sucesivos a la clausura del Concilio Vaticano II, Pablo VI procedió a poner en práctica alguna de las orientaciones que salieron de la asamblea y tomó decisiones en línea con la voluntad expresa de renovación.

Algunas de las decisiones eran de carácter institucional. En primer lugar, llevó a cabo una reforma de la curia romana. Organizó en forma distinta las congregaciones romanas —dicasterios, o especie de «ministerios»—, y cambió el nombre a la congregación «del Santo Oficio», que pasó a denominarse con el título más amigable de Congregación para la doctrina de la fe. En dicha reforma dio más atribuciones a la Secretaría de Estado, y nombrará por primera vez en muchos años a un cardenal no italiano para presidirla: el francés Jean Villot. Además, creó los Secretariados para los no cristianos y para los no creyentes, e instituyó el Sínodo de Obispos —manifestación del deseo del Papa de hacer efectiva la participación de los obispos locales en el gobierno central de la Iglesia—.

También se deben a su pontificado la creación del Consejo para los Laicos y la Comisión *Iustitia et pax*.

Además, siguió el proceso de internacionalización del colegio cardenalicio, ya iniciado por Pío XII y continuado por san Juan XXIII. Excluyó del Cónclave a los cardenales con más de 80 años, y también pidió a los obispos que al cumplir los 75 años pusieran su cargo a disposición de la Santa Sede. Como es de suponer, estas disposiciones no sentaron muy bien a algunos de los implicados por estas normas. En otro orden de cosas, suprimió la guardia noble y la corte pontificia. Se fue dejando paulatinamente el uso de la silla gestatoria —aunque Pablo VI consideraba que era una tradición igualitaria, porque todos podían ver de igual manera al Papa en las grandes audiencias—, y se simplificó el protocolo en torno a la persona del Romano Pontífice. Se imponía en el Vaticano la austeridad y la adecuación a los nuevos tiempos. Todo esto, que parece hoy en día muy normal, fue revolucionario para su época y causó no pocas polémicas, que se fueron acallando con el paso de los años.

Pablo VI tuvo que enfrentar problemas que tenían un origen externo a la Iglesia: el creciente proceso de secularización de las costumbres en Occidente, la persecución a la Iglesia en los países comunistas, los continuos conflictos entre las superpotencias que ponían en peligro la paz del mundo. Pero más difíciles y dolorosos fueron los problemas que se le presentaron dentro de la Iglesia: después del Concilio Vaticano II se generó un ambiente de contestación, de disidencia y de pérdida de fe, que hizo sufrir indeciblemente al Romano Pontífice. El 17 de febrero de 1965, todavía en pleno Concilio, abrió su corazón a los fieles reunidos en la audiencia papal: «Es siempre un placer para Nos acoger en esta audiencia semanal a tantos grupos de visitantes, deseosos de encontrarse con el Papa, para darle testimonio de su devoción y recibir su bendición. Más que un placer, es un consuelo. Nos parece leer en vuestros corazones los sentimientos de fidelidad y de bondad que os conducen, y Nos parece que debemos corresponder a esta actitud cordial y filial con Nuestra confianza. ¿Podemos tener confianza en vosotros? ¿Podemos estar seguros de que queréis al Papa? ¿Que comprendéis nuestra misión? ¿Que escucháis su palabra? ¿Que deseáis sostener nuestras intenciones, consolar nuestras aflicciones? ¿Sí?

Si es así, vuestras afectuosa presencia (...) Nos es de gran consuelo. Porque debéis saber, y seguramente imagináis, que también el Papa tiene necesidad de consuelo. Quien se fijara solo en la escena exterior en la que se mueve ordinariamente la persona y la acción del Papa, podría pensar que él vive inmerso en una atmósfera de serenidad superior, donde todo es bello, fácil, digno de admiración; y que por esto es feliz en su doble conversación que implica su ministerio: la conversación con el Cielo, de la cual él posee las llaves secretas, y la conversación con el mundo, a quien envía un mensaje de paz y caridad. No por nada, piensan muchos, al Papa se le da el título de “beatísimo Padre” (es decir, felicísimo).

Ahora bien, Hijos queridísimos: que el Papa viva en las fuentes de la alegría y la paz, en virtud de su oficio apostólico que tanto lo une a Cristo, “nuestra paz” (*Eph.* 2, 14) (...) es verdad; y agradecemos al Señor por esto inmensamente. ¿Cómo podríamos vivir si no

fuera por esto? Pero también es verdad que junto a los consuelos espirituales, que provienen de lo alto, el Papa tiene sus penas, que provienen sobre todo de su limitación humana, puesta en todo momento frente o casi en conflicto con el enorme y desmesurado conjunto de sus deberes, de sus problemas, de sus responsabilidades; pena que a veces se transforma en agonía; y después, penas que nacen propiamente del ejercicio de su ministerio. Es esta la suerte del que quiere seguir al Señor: la cruz que ha de llevarla con Él y por Él; y tanto más es la suerte de los que se han asimilado a Cristo por el sacerdocio y por el sumo oficio pastoral. Este es un campo reservado a nuestra vida espiritual íntima; y es mejor callar que hablar de ello. Pero también existen penas que tienen su origen en la historia exterior, y todos las pueden, si no valorar, identificar y conocer.

No haremos aquí la lista de todas las penas: sería bastante larga (...). Una de nuestras penas más agudas es la falta de fidelidad de algunos buenos, que olvidan la belleza y la gravedad de los compromisos que los unen con Cristo y con la Iglesia; es este un fenómeno que la evolución de la vida moderna acentúa en modo doloroso, tanto en el campo de las doctrinas como en el de las costumbres y las orientaciones prácticas: ¡cuántas debilidades, cuántos oportunismos, cuánta vileza! ¿Cómo no sufrir con el abandono de hijos educados en la escuela de Cristo y tan amados por Él, y que son tan necesarios al bien de la comunidad eclesial y de la sociedad?

¿Y qué diremos de otra pena, que está presente día tras día, la de ver incomprendido el pensamiento y rechazada la caridad de la Iglesia? La infecundidad del trabajo apostólico, y la visión a veces maliciosa que deforma sus intenciones y rechaza su ofrecimiento son espinas profundas y diarias para el corazón de los pastores de la Iglesia y lo son también para Nosotros.

Causa pena, decimos: y a vosotros, Hijos fieles, os pedimos el consuelo que manifiesta hoy vuestra presencia. Gracias por esta filial consolación. Que queráis continuar este afectuoso beneficio con vuestra comprensión, vuestra fidelidad, vuestra oración. Nosotros lo pagamos de corazón con nuestra Bendición Apostólica»[\[33\]](#).

Si ya en 1965 el corazón del Papa estaba lleno de penas, en el futuro el panorama sería más sombrío. Como hemos visto, las intervenciones del Papa en el Concilio habían logrado un bello equilibrio entre tradición y renovación. Después de la sesión de clausura, muchos quisieron impulsar la renovación, bajo un pretendido «espíritu del Concilio», que en realidad contradecía la letra de los documentos.

Hubo un cimbronazo en el seno de la Iglesia, impensable por Juan XXIII cuando convocó el Concilio, que arrastró a muchas personas. Pablo VI tuvo que ver como miles de sacerdotes, religiosos y religiosas solicitaban la dispensa de sus compromisos. Cuando le llevaban para la firma los expedientes de este asunto afirmaba que para él eran su corona de espinas. A veces no dormía en toda la noche por el dolor que le procuraban estas defecciones. En esos años comenzó un «invierno vocacional»: se vaciaron muchos seminarios y casas religiosas.

También se instaló en muchos ambientes la confusión doctrinal: se perdió en varios sectores la visión sobrenatural y se intentó sustituir los fines espirituales de la Iglesia —

la salvación de las almas, fundamentalmente— por fines terrenales. En esta sustitución, muchos no dudaron en utilizar el análisis marxista de los fenómenos sociales, y aunque se intentó distinguir entre método y teoría, se terminó por mundanizar el horizonte de muchos cristianos. Cabe añadir que estamos en plena revolución cultural del 68, en donde todo se puso en tela de juicio, y la Iglesia no fue inmune a estas corrientes culturales de protesta. Se verificaba así el diagnóstico realizado por Pablo VI en 1964, en su encíclica *Ecclesiam suam*: «Preciso es asegurar en nosotros estas convicciones a fin de evitar otro peligro que el deseo de reforma podría engendrar, no tanto en nosotros, Pastores —defendidos por un vivo sentido de responsabilidad—, cuanto en la opinión de muchos fieles que piensan que la reforma de la Iglesia debe consistir principalmente en la adaptación de sus sentimientos y de sus costumbres a las de los mundanos. La fascinación de la vida profana es hoy poderosa en extremo. El conformismo les parece a muchos ineludible y prudente. El que no está bien arraigado en la fe y en la práctica de la ley eclesiástica, fácilmente piensa que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana de la vida, como si esta fuese la mejor, la que un cristiano puede y debe apropiarse. Este fenómeno de adaptación se manifiesta así en el campo filosófico (¡cuánto puede la moda aun en el reino del pensamiento, que debería ser autónomo y libre y solo ávido y dócil ante la verdad y la autoridad de reconocidos maestros!) como en el campo práctico, donde cada vez resulta más incierto y difícil señalar la línea de la rectitud moral y de la recta conducta práctica. El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del cristianismo; el relativismo, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, va contra el carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir todo esfuerzo y toda molestia en la práctica ordinaria de la vida, acusa de inutilidad fastidiosa a la disciplina y a la “ascesis” cristiana; más aún, a veces el deseo apostólico de acercarse a los ambientes profanos o de hacerse acoger por los espíritus modernos —de los juveniles especialmente— se traduce en una renuncia a las formas propias de la vida cristiana y a aquel mismo estilo de conducta que debe dar a tal empeño de acercamiento y de influjo educativo su sentido y su vigor» (n. 18).

Como bien resume González Novalín, «la corriente secularizante entró de lleno en la concepción de la doctrina eclesiástica, que substituyó el objeto formal de la teología por las realidades que implicaban sus modernas denominaciones de “Teología de la muerte de Dios”, “de la secularización”, “de la liberación”, etc. Los mismos episcopados parecían demasiado condescendientes con la imprecisión dogmática del momento, transigiendo con publicaciones o textos a los que Roma ponía reparos. Son ejemplo de ello los incidentes provocados por los nuevos catecismos holandés y francés. De aquí que el sentido obvio y genuino de los documentos conciliares fuera sacrificado a un indeterminado “espíritu del concilio”, de carácter profético y subjetivo»[34].

Un caso patético fue la publicación del famosos *Catecismo holandés*, donde se ponían en duda verdades fundamentales de la fe. Pablo VI llamó al diálogo, convocó reuniones de expertos, exigió cambios en el documento, pero todo fue en vano. A pesar de la prohibición de realizar traducciones, el *Catecismo holandés* se publicó en inglés, francés y alemán. Quienes estuvieron detrás del texto manifestaron una actitud hostil y

desafiante con Roma. El Papa sufrió lo indecible. En este contexto convocó un año de la fe, conmemorando los 1900 años del martirio de san Pedro y san Pablo, entre 1967 y 1968. El año de la fe culminó con la proclamación del *Credo del Pueblo de Dios*, confesión extensa de los puntos principales de la fe católica. La idea de una intervención dogmática en el contexto de una gran confusión doctrinal fue del filósofo Jacques Maritain, y apoyada vivamente por el cardenal suizo Charles Journet.

El *Credo del Pueblo de Dios*, bellísimo documento donde se reafirma las verdades fundamentales de la fe, fue por así decirlo una contraofensiva pontificia para aclarar una serie de elementos de la revelación que muchos ponían en duda. En dicho documento, Pablo VI escribía: «Somos conscientes de la inquietud que agita en relación a la fe ciertos ambientes modernos, los cuales no se sustraen a la influencia de un mundo en profunda mutación en el que tantas cosas ciertas se impugnan o se discuten. Nos vemos que aún algunos católicos se dejan llevar de una especie de pasión por el cambio y la novedad. La Iglesia, ciertamente, tiene siempre el deber de continuar su esfuerzo para profundizar y presentar, de una manera cada vez más adaptada a las generaciones que se suceden, los insondables misterios de Dios, ricos para todos de frutos de salvación. Pero es preciso al mismo tiempo tener el mayor cuidado, al cumplir el deber indispensable de búsqueda, de no atentar a las enseñanzas de la doctrina cristiana. Porque esto sería entonces originar, como se ve desgraciadamente hoy en día, turbación y perplejidad en muchas almas fieles»[35].

Otra fuente de dolor y preocupación por parte del Romano Pontífice fue la implementación de la reforma litúrgica. Desde que era sacerdote joven consideró que era necesaria una reforma que tendiera a simplificar las formas exteriores, evitando barroquismos, para profundizar en el sentido último de la liturgia. Quería que toda la liturgia se centrara en lo esencial, es decir, en la adoración a la Santísima Trinidad, partiendo de Cristo. El Concilio Vaticano II, en la *Sacrosanctum Concilium*, había recogido esos deseos, que ya se encontraban presentes en varias líneas del llamado «movimiento litúrgico», desarrollado desde finales del siglo XIX sobre todo en ámbito benedictino. Todo estaba bien en los papeles, pero al llegar el momento de poner en práctica la reforma no faltaron abusos y arbitrariedades. Pablo VI siempre defendió la nueva forma litúrgica, y explicaba a los fieles que los cambios que se habían realizado servían para facilitar la participación activa de todos en la Santa Misa y en las demás acciones sagradas. A eso estaba destinado el uso de la lengua vernácula en sustitución del latín en algunas partes de la Misa. Lamentablemente, Pablo VI constató con dolor que muchos sostenían una tendencia no a la simplificación que llevara a la profundización del espíritu de oración y de adoración, sino una tendencia a la desacralización y secularización que terminaría enfriando la devoción de los fieles. Se preocupó mucho por la ausencia de toda referencia al carácter sacrificial de la Misa en la *Institutio generalis* que introduce el nuevo Misal romano, y exigió cambios en su redacción, que se realizarán en la segunda edición. Le llenaban de dolor las noticias que le llegaban de los abusos litúrgicos en los cinco continentes. Personalmente siempre dio ejemplo de gran piedad y unción, en particular en todo lo que se refiere al culto

eucarístico.

Son innumerables las lamentaciones papales de tal estado de cosas, y el mundo contempló un Pablo VI abrumado por las dificultades. Presionado por un lado y por el otro, vivió en carne propia la laceración interna de la Iglesia. Si los primeros años de su pontificado estuvo muy bien conceptuado por los medios de comunicación social, que lo tildaban de un Papa moderno y progresista, todo cambió cuando en 1968 publicó la encíclica *Humanae vitae*, en donde asentaba unos principios de moral matrimonial considerados por muchos retrógados o utópicos.

En particular, el objeto de las críticas se referían al n. 14 del documento, donde se manifiesta la fidelidad de Pablo VI a una doctrina que iba en contra de la corriente secularizada y permisiva, que reportamos integralmente: «En conformidad con estos principios fundamentales de la visión humana y cristiana del matrimonio, debemos una vez más declarar que hay que excluir absolutamente, como vía lícita para la regulación de los nacimientos, la interrupción directa del proceso generador ya iniciado, y sobre todo el aborto directamente querido y procurado, aunque sea por razones terapéuticas. Hay que excluir igualmente, como el Magisterio de la Iglesia ha declarado muchas veces, la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer; queda además excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación. Tampoco se pueden invocar como razones válidas, para justificar los actos conyugales intencionalmente infecundos, el mal menor o el hecho de que tales actos constituirían un todo con los actos fecundos anteriores o que seguirán después y que por tanto compartirían la única e idéntica bondad moral. En verdad, si es lícito alguna vez tolerar un mal moral menor a fin de evitar un mal mayor o de promover un bien más grande, no es lícito, ni aun por razones gravísimas, hacer el mal para conseguir el bien, es decir, hacer objeto de un acto positivo de voluntad lo que es intrínsecamente desordenado y por lo mismo indigno de la persona humana, aunque con ello se quisiese salvaguardar o promover el bien individual, familiar o social. Es por tanto un error pensar que un acto conyugal, hecho voluntariamente infecundo, y por esto intrínsecamente deshonesto, pueda ser cohonestado por el conjunto de una vida conyugal fecunda».

La *Humanae vitae* llegaba después de un largo período de estudio y reflexión. Ya san Juan XXIII había reunido una comisión de expertos para que estudiaran la moralidad de los nuevos métodos anticonceptivos. Pablo VI amplió la comisión de estudio. Aunque la mayoría tuvo una posición «posibilista» sobre la licitud de algún método teniendo en cuenta algunas circunstancias, Montini decidió seguir el parecer de los que consideraban necesario no innovar. Entre ellos se encontraba el arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, quien había enviado un largo estudio al Papa, y que fue utilizado en la redacción de la encíclica. «Nunca como en esta ocasión hemos sentido el peso de nuestra carga —comentará el Papa tres días después de la publicación de la encíclica en una audiencia—. Hemos estudiado, leído, discutido cuanto pudimos; y hemos también orado... ¡Cuántas veces tuvimos la impresión de que Nos desbordaban los argumentos, cuántas hemos

temblado ante el dilema de una fácil condescendencia con las opiniones en curso o de una decisión insufrible para la sociedad moderna, o arbitrariamente onerosa para la vida matrimonial»[36]. A partir de esa encíclica, el Papa pasaba a ser para muchos un oscurantista que se oponía al progreso de la historia. Fue la última encíclica que publicó. Las protestas y críticas, incluso por parte de obispos, se centraron sobre todo en Europa Occidental —en particular en Bélgica y Holanda— y en Estados Unidos.

Los últimos años del pontificado de Pablo VI estuvieron signados por el dolor. El 21 de mayo de 1972, un loco australiano de origen húngaro atentó contra la Piedad de Miguel Ángel, causando serios daños a una de las esculturas más bellas de la historia y con más alto contenido espiritual. Pablo VI bajó a la basílica de San Pedro para contemplar los destrozos, notablemente afligido. Algunos leyeron el atentado como un signo de la crisis de la Iglesia. Ese mismo año, el 29 de junio, improvisando unas palabras en la Solemnidad de san Pedro y san Pablo, el Papa llegó a afirmar que «por alguna fisura se ha colado el humo de Satanás en el templo de Dios». No tuvo reparos en nombrar varias veces al demonio como causante de la confusión post-conciliar.

Un acontecimiento alegre, en medio de tanto sufrimiento, fue la celebración del Año Santo en 1975. Más de ocho millones de fieles peregrinaron al centro de la cristiandad. Pero también hubo un «signo» material de la crisis, pues cuando Pablo VI abrió la Puerta Santa, cayeron grandes pedazos de ladrillos en torno a él, aunque sin causar daños.

El Papa Montini sufrió con la aprobación de la ley del divorcio y del aborto en Italia. Más que la legislación en sí, preocupó al Romano Pontífice la confusión doctrinal que tenían muchos católicos —eclesiásticos y laicos— en torno a estos temas. En esos años, hubo tensiones entre progresistas que se alejaban cada vez más de la tradición, y tradicionalistas como Mons. Marcel Lefebvre, que iban dando pasos ciertos hacia el cisma. En esta coyuntura, Pablo VI fue visto por algunos como el Papa débil que no se atrevía a tomar medidas duras contra los que ponían en duda el depósito de la fe; y por otros, como el Papa conservador que cerró el camino para una reforma de la Iglesia según el «espíritu» del Concilio. En definitiva, tuvo razón el Papa cuando afirmaba que estaba solo ante Dios: «Yo... y Dios».

6. Dos documentos contracorriente

En medio de esta situación de dificultad por la que atravesaba la Iglesia, Pablo VI publica dos documentos que, en cierto sentido, podrían denominarse «contracorriente». Se trata de la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, sobre la alegría cristiana, fechada el 9 de mayo de 1975, y la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, del 8 de diciembre de 1975, fruto del Sínodo de Obispos de 1974 sobre la evangelización. Contracorriente porque en medio del dolor el Papa habla de la alegría; y porque en medio de la crisis el Papa hace un llamado a anunciar el Evangelio a todo el mundo, lleno de esperanza en la fuerza de Dios y en la sobrenaturalidad de la Iglesia.

En la *Gaudete in Domino* Pablo VI reflexiona sobre la alegría en el contexto del Año

Santo. Presenta numerosos textos, tanto del antiguo como del nuevo testamento sobre esta virtud, y en particular se detiene en el ejemplo de Jesucristo. La alegría profunda de Jesús proviene del amor del Padre por el Hijo. Los cristianos participamos de ese mismo amor, y por eso hemos de estar gozosos en la esperanza, a pesar de los males que aquejan a la Iglesia y al mundo. El documento era una bocanada de aire fresco en una época signada por la preocupación y la tristeza.

Al segundo documento le dedicaremos un análisis más detallado. La *Evangelii nuntiandi* será muy apreciada por el Papa Juan Pablo II, que la ofrecerá como guía para la tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Puebla, México, en 1979. A su vez, fue el documento del magisterio pontificio más citado por el cardenal Jorge Mario Bergoglio, futuro Papa Francisco, mientras fue arzobispo de Buenos Aires.

El Papa inicia con la evocación de la figura de Cristo, primer evangelizador. Todo su paso por la tierra tiene por fin la predicación de un mensaje de salvación. Desde la Encarnación hasta Pentecostés, todo ha de ser contemplado desde la perspectiva salvífica. Y la evangelización del Señor continúa en la Iglesia, fundada por Cristo para evangelizar. Con gran fuerza sostiene Pablo VI que «evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar; es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa»[\[37\]](#).

La Iglesia es a la vez evangelizadora y evangelizada, es decir, necesitada continuamente de conversión para adherir con más firmeza al Evangelio y así hacerse creíble. Cristo funda la Iglesia para que prosiga la evangelización iniciada por Él. Con otras palabras, Cristo evangeliza a través de la Iglesia. Por eso, existe un nexo indisoluble entre Cristo y la Iglesia. Verdad que recuerda Pablo VI «en un momento como el actual, en que no sin dolor podemos encontrar personas, que queremos juzgar bien intencionadas pero que en realidad están desorientadas en su espíritu, las cuales van repitiendo que su aspiración es amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia. Lo absurdo de esta dicotomía se muestra con toda claridad en estas palabras del Evangelio: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha”. ¿Cómo va a ser posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia, siendo así que el más hermoso testimonio dado en favor de Cristo es el de san Pablo: “Amó a la Iglesia y se entregó por ella”?».

En la segunda parte de la exhortación, Pablo VI explica que la evangelización no es susceptible de una definición unívoca. Partiendo de la sustancia del hecho evangelizador —anunciar a Cristo a aquellos que lo ignoran—, el Papa subraya la importancia del testimonio de los cristianos, aunque el testimonio solo no basta: hace falta el anuncio explícito del Evangelio. La evangelización, que apunta en primer lugar a la conversión interior, también transformará los ambientes concretos donde se desarrollan las vidas de los hombres. Pablo VI constata que «la ruptura entre evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo» (n. 20), y en consecuencia la evangelización ha de

alcanzar y transformar con la fuerza de Cristo «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación» (n. 19).

La *Evangelii nuntiandi* se detiene en el tercer capítulo a explicar el contenido de la evangelización. Este debe ser Jesucristo, Dios hecho hombre para nuestra salvación. Hay que mostrar, con las palabras y con las vidas, los designios salvíficos de Dios, y presentar el Evangelio en toda su integridad. Esto implica también sacar las consecuencias sociales del proyecto de Dios para el hombre. De ahí que el Papa se detenga largamente en explicar que entre evangelización y promoción humana hay una conexión necesaria. En el n. 31 se afirma que hay lazos muy fuertes entre estos dos aspectos: «Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad: en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? Nos mismos lo indicamos, al recordar que no es posible aceptar “que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad”».

A continuación, Pablo VI se explaya sobre los distintos sentidos de la liberación, advirtiendo acerca del peligro de reduccionismos sociológicos o políticos. Estamos en pleno auge de la teología de la liberación en América Latina, y el Papa quiere ser muy explícito en presentar la liberación evangélica sin ideologías de ningún tipo: «No hay por qué ocultar, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos, a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad —olvidando toda preocupación espiritual y religiosa— a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación. Por eso quisimos subrayar en la misma alocución de la apertura del Sínodo “la necesidad de reafirmar claramente la finalidad específicamente religiosa de la evangelización. Esta última perdería su razón de ser si se desviara del eje religioso que la dirige: ante todo el reino de Dios, en su sentido plenamente teológico”» (n. 32).

Por si no hubiera quedado claro, Pablo VI cita algunos pasajes de sus discursos

pronunciados en su viaje a Bogotá, donde se excluye categóricamente el recurso a la violencia para cambiar las situaciones estructurales injustas. Termina este amplio *excursus* sobre la liberación, diciendo: «Esperamos que todas estas consideraciones puedan ayudar a evitar la ambigüedad que reviste frecuentemente la palabra “liberación” en las ideologías, los sistemas o los grupos políticos. La liberación que proclama y prepara la evangelización es la que Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrificio» (36).

La cuarta parte del documento se refiere a los medios de la evangelización. Conservando lo perenne e inmutable de la fe, es necesario continuamente buscar nuevas vías para que llegue el anuncio a todo el mundo. Pablo VI retoma el papel primordial del testimonio personal, recordando que en la mentalidad contemporánea son más escuchados los testigos que los maestros. A su vez, considera siempre actual el apostolado «de persona a persona». Un gran campo que se abre con el desarrollo tecnológico —en pleno crecimiento cuando se escribe esta exhortación— es el de los medios de comunicación social. El Papa los define como los nuevos «púlpitos», y confiesa que «la Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia “pregona sobre los terrados” el mensaje que es depositaria» (n. 45).

Pablo VI pasa a identificar a los destinatarios de la evangelización. Según el mandato evangélico, el anuncio ha de realizarse en todo el mundo. Por lo tanto, el proceso de evangelización debe tener un aliento universalista. El Papa presta mayor atención a dos grupos de personas, omnipresentes en el mundo contemporáneo: los que no creen, que son fautores o víctimas del secularismo ateo, y los no practicantes. Respecto del primer grupo, el Papa analiza algunas de las corrientes culturales vigentes en esos años, que cierran sus horizontes a la trascendencia. Hay un ateísmo teórico, pero también uno práctico, concretado en el hedonismo, consumismo o en la búsqueda desesperada del poder. Tanto a ellos como a los que se han alejado de la práctica religiosa la Iglesia debe acercarse con la luz del Evangelio.

Llama la atención que los últimos párrafos de este capítulo estén destinados a las comunidades eclesiales de base, que no eran, estrictamente hablando, destinatarios típicos de la evangelización. Mucho se había hablado en el Sínodo sobre este tema. Pablo VI distingue aquellas comunidades unidas a la Iglesia universal y a los pastores, que procuran vivir más profundamente su fe, de las comunidades que se erigen en críticas de la Iglesia y que corren el riesgo de convertirse en sectas. Era otra manifestación de la crisis de la Iglesia en el post-concilio. Así las describe el Papa Montini: «En otras regiones, por el contrario, las comunidades de base se reúnen con un espíritu de crítica amarga hacia la Iglesia, que estigmatizan como “institucional” y a la que se oponen como comunidades carismáticas, libres de estructuras, inspiradas únicamente en el Evangelio. Tienen pues como característica una evidente actitud de censura y de rechazo hacia las manifestaciones de la Iglesia: su jerarquía, sus signos. Contestan radicalmente esta Iglesia. En esta línea, su inspiración principal se convierte rápidamente en ideológica y no es raro que sean muy pronto presa de una opción

política, de una corriente, y más tarde de un sistema, o de un partido, con el riesgo de ser instrumentalizadas.

La diferencia es ya notable: las comunidades que por su espíritu de contestación se separan de la Iglesia, cuya unidad perjudican, pueden llamarse “comunidades de base”, pero esta es una denominación estrictamente sociológica. No pueden, sin abusar del lenguaje, llamarse comunidades eclesiales de base, aunque tengan la pretensión de perseverar en la unidad de la Iglesia, manteniéndose hostiles a la jerarquía. Este nombre pertenece a las otras, a las que se forman en Iglesia para unirse a la Iglesia y para hacer crecer a la Iglesia» (n. 58).

La exhortación se cierra con una reflexión acerca de los agentes de evangelización — toda la Iglesia es misionera, y cada uno dentro de ella tiene su misión específica— y sobre el espíritu de la evangelización, es decir sobre las actitudes interiores que los evangelizadores deben adoptar para hacer llegar el mensaje a todos los confines del mundo. Estas actitudes son la de dejarse guiar por el Espíritu Santo, la búsqueda de la unidad, el servicio de la verdad, la animación del amor. Termina Pablo VI este magnífico documento aclarando que evangelización no significa no respetar las conciencias: proponer la verdad evangélica «con plena claridad y absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer —sin coacciones, solicitudes menos rectas o estímulos indebidos—, lejos de ser un atentado contra la libertad religiosa, es un homenaje a esta libertad, a la cual se ofrece la elección de un camino que incluso los no creyentes juzgan noble y exaltante» (80).

Leyendo la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, del Papa Francisco, el lector encontrará numerosos ecos de la *Evangelii nuntiandi*. Y el mismo título del documento programático del papa argentino nos remite a la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, varias veces citada textualmente.

Cuando el cardenal Bergoglio se dirige al colegio cardenalicio en las Congregaciones generales, antes del cónclave que lo elegiría Papa, toma de Pablo VI una expresión literal de la *Evangelii nuntiandi*. Quien será el Papa Francisco habla de «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (80). Es una de las tantas presencias de Pablo VI en el actual pontificado.

7. Los últimos meses de su pontificado

Los inicios de 1978 fueron trágicos para Italia, sumida en un período de violencia, que algunos han denominado *gli anni di piombo*, los años de plomo. Las Brigadas Rojas sembraban terror en las calles de varias ciudades con atentados y secuestros. La tensión llegó a su culmen con el secuestro y el posterior asesinato del Presidente de la Democracia Cristiana Aldo Moro. El estadista italiano había militado en la FUCI y era un viejo conocido del Papa. Pablo VI intervino todo lo que pudo para que el secuestro no terminara en tragedia. Escribió una carta conmovedora a los secuestradores, pero lamentablemente nada consiguió. Vale la pena transcribirla. Está fechada el 21 de abril

de 1978. Dice así: «Os escribo a vosotros, hombres de las Brigadas Rojas: restituid al honorable Aldo Moro a la libertad, a su familia, a la vida ciudadana.

Yo no os conozco ni tengo modo de tomar algún contacto con vosotros. Por ello os escribo públicamente, aprovechando el margen de tiempo que queda aún antes de cumplirse el plazo de la amenaza de muerte que anunciasteis contra este hombre bueno y honrado, a quien nadie puede inculpar de ningún delito ni acusar de poca sensibilidad social, o de no haber estado al servicio de la justicia y de la civil y pacífica convivencia.

No tengo ningún encargo respecto de él, ni me ata ningún interés privado hacia su persona. Pero lo amo como miembro de la gran familia humana, como amigo desde que era estudiante, y a título completamente único, como hermano en la fe e hijo de la Iglesia de Cristo.

Me dirijo a vosotros precisamente en este nombre supremo de Cristo, que a buen seguro no os es desconocido a vosotros, adversarios ignotos e implacables de este hombre digno e inocente; y os lo pido de rodillas: liberad al honorable Aldo Moro, sencillamente, sin condiciones, no tanto por mi intercesión humilde y afectuosa, sino por su dignidad de hermano nuestro y vuestro en humanidad, y también en pro del auténtico progreso social, que quiero esperar tenga fuerza en vuestra conciencia, un progreso que no debe mancharse con sangre inocente, ni sufrir el tormento de dolores superfluos.

Demasiadas víctimas hemos tenido que llorar ya lamentando la muerte de personas caídas en el cumplimiento del propio deber. Todos debemos tener temor del odio que degenera en venganza o se doblega hasta caer en sentimientos de desesperación degradante.

Y todos debemos temer a Dios vengador de quienes murieron sin motivo y sin culpa.

Hombres de las Brigadas Rojas: dejadme que yo, intérprete de tantos compatriotas vuestros, pueda alentar la esperanza de que todavía se albergan en vuestros espíritus sentimientos de humanidad que al fin triunfen.

Yo espero la prueba de ello rezando y también amándoos siempre».

Este suceso conmovió profundamente al Papa, que siempre había seguido muy de cerca la vida y la política italiana. Su predecesor, san Juan XXIII, había «ensanchado» el Tíber, es decir, procuró tomar distancias de la política de su país natal, cambiando en este sentido la actitud de Pío XII, más intervencionista. Pablo VI vuelve a la posición de Pacelli y fortalece el control de la Secretaría de Estado sobre la Conferencia episcopal italiana y sus tomas de posición sobre la actualidad de la nación. Después de casi cuarenta años de un Romano Pontífice no italiano, el mundo ya se olvidó de las intrigas entre las dos orillas del Tíber. Pero en el pontificado de Pablo VI hubo un continuo flujo de informaciones y de influencias. El Papa veía con buenos ojos la unidad política de los católicos, y se llevó muchas desilusiones con la actuación de la Democracia Cristiana en los años setenta. Son, evidentemente, aspectos opinables y particulares de un pontificado de carácter universal.

En noviembre de 1967 Pablo VI fue operado de la próstata, en un quirófano preparado en el mismo Vaticano. Antes de la operación había dejado a su secretario una carta de renuncia, en el caso de que la enfermedad le hubiera impedido gobernar la Iglesia. A

pesar de la debilidad física de Montini, aguantó los esfuerzos de un trabajo agotador y sostuvo un ritmo de viajes como nunca se había visto en la historia. Pero a medida que pasaban los años se fueron debilitando sus fuerzas físicas —no mentales ni espirituales—. La artrosis limitaba mucho sus movimientos. Llegó al verano de 1978 francamente agotado. Como de costumbre, se trasladó a Castelgandolfo para descansar y recuperar fuerzas, pero en su interior sabía que su caminar en esta tierra había llegado a su fin. Su última salida fue para rezar ante la tumba del cardenal Pizzardo, que había sido su jefe en sus primeros años de la Secretaría de Estado, y con quien no se llevaba demasiado bien. Quería amar a todos, perdonar a todos, reconciliarse con todos. Los últimos días los pasó con fiebre muy alta, problemas en las vías urinarias y cardíacos. Estuvo siempre acompañado por su secretario Pasquale Macchi, quien el último día le celebró la Santa Misa en su habitación —Pablo VI concelebró desde la cama— y le administró la Unción de los Enfermos. Era el 6 de agosto de 1978. Después de 15 años de pontificado Pablo VI se iba de este mundo, con delicadeza, sin hacer ruido, bendiciendo al mundo desde su dolor.

- [13](#) Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964, n. 29.
- [14](#) *Ibid.*, n. 33.
- [15](#) *Ibid.*, n. 4.
- [16](#) Cfr. A. casaroli, *Il martirio della pazienza. La Santa Sede e i paesi comunisti, 1963-1989*, Einaudi, Torino 2000.
- [17](#) P. Macchi, *Paolo VI nella sua parola*, cit., p. 105.
- [18](#) *Ibid.*, p. 108.
- [19](#) Cfr. A. tornielli, *Paolo VI...*, cit., p. 346.
- [20](#) Pablo VI, *Meditazioni inedite*, Studium, Brescia-Roma 1993, pp. 28-29.
- [21](#) *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, V: Processus verbales pars III, Città del Vaticano 1991, p. 209. Citado por A. tornielli, *Paolo VI...*, cit., p. 420.
- [22](#) A. tornielli, *Paolo VI...*, p. 425.
- [23](#) J. Guitton, *Dialogues avec Paul VI*, cit., p. 61.
- [24](#) Pablo VI, *Populorum progressio*, n. 13.
- [25](#) *Ibid.*, n. 81.
- [26](#) *Ibid.*, n. 30.
- [27](#) *Ibid.*, n. 31.
- [28](#) AAS 60 (1968), p. 627.
- [29](#) AAS 60 (1968), p. 648.
- [30](#) *Ibidem*.
- [31](#) Pablo VI, *Discurso a los campesinos*, en Panciroli, R., *Paolo VI pellegrino apostolico. Discorsi e messaggi*, Studium, Brescia 2001, p. 181.
- [32](#) Sobre la contestación postconciliar y la actitud adoptada por Pablo VI, cfr. V. carcel, *Historia de la Iglesia. III. La Iglesia en la época contemporánea*, Palabra, Madrid 1999, pp. 609-641.
- [33](#) Pablo VI, Audiencia general, 17-II-1965.
- [34](#) J.L. González novalin, «Juan Bautista Montini. Una vida para el papado», en «Anuario de Historia de la Iglesia» VI (1997), Pamplona, pp. 181-182.
- [35](#) Pablo VI, *El Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968, Ed. Paulinas, Buenos Aires 1979, p. 4.
- [36](#) *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. VI (1968), pp. 869-873.
- [37](#) Pablo VI, Ex. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n.14. Hemos seguido la versión de Ediciones Paulinas, Córdoba 1976.

EPÍLOGO

Hombre de vida espiritual profunda, acostumbrado al diálogo y con gran capacidad de escuchar las opiniones de los demás, tuvo que capear temporales doctrinales, disciplinares y morales. Ofreció al Señor su dolor por la Iglesia, y esperaba que lo sucediera «otro más fuerte que yo», como dejó escrito en sus reflexiones sobre la muerte, que reproducimos en el anexo documental. Poco comprendido por algunos, criticado por muchos más, debe aún pasar el tiempo para valorar en conjunto su pontificado. Lo que no cabe duda es que Giovanni Battista Montini llega a los altares como un pastor identificado con Aquel que dio la vida por sus ovejas.

El 26 de agosto era elegido el Patriarca de Venecia, cardenal Albino Luciani. Al rostro sereno pero afligido de Pablo VI le siguió la sonrisa afable de Juan Pablo I. Poco duró su pontificado: 33 días escasos. La elección de Luciani fue en cierto modo «profetizada» por Paolo VI, cuando en su visita a Venecia, el 16 de septiembre de 1972, en un gesto imprevisto, se quita la estola papal y la coloca sobre los hombros de quien será su sucesor.

Pero el hombre «más fuerte que yo» no sería Luciani, sino Karol Wojtyła, creado cardenal por Pablo VI, inspirador de la *Humanae vitae*, invitado a predicar los ejercicios espirituales del Papa en la cuaresma de 1976. Juan Pablo II consideraba a Pablo VI su «padre». Hoy los dos gozan de Dios en el Cielo, y juntos interceden por la Iglesia que tanto amaron.

ANEXO DOCUMENTAL

El testamento de Pablo VI

Publicamos la traducción castellana del testamento de Pablo VI: ha sido elaborada cuidadosamente, respetando la puntuación y grafía usadas por el Papa en su manuscrito. El documento consta de un primer texto de diez páginas escrito en Roma el 30 de junio de 1965; a este texto el Santo Padre añadió luego dos anexos, uno en 1972 y otro en 1973. El primero lo redactó en Castelgandolfo y en él está consignada incluso la hora, además de la fecha; son dos páginas. El segundo consta de pocas líneas en una sola página. Así, resultan en total 13 páginas. [L'Osservatore romano, edición en lengua español, Año X - N. 34, 20 de agosto, 1978]

Algunas notas para mi testamento

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

1.—Fijo la mirada en el misterio de la muerte y de lo que a ésta sigue en la luz de Cristo, el único que la esclarece; y por tanto, con confianza humilde y serena. Percibo la verdad que para mí se ha proyectado siempre desde este misterio sobre la vida presente, y bendigo al vencedor de la muerte por haber disipado sus tinieblas y descubierto su luz.

Por ello, ante la muerte y la separación total y definitiva de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la fortuna, la belleza el destino de esta misma existencia fugaz: Señor, Te doy gracias porque me has llamado a la vida, y más aun todavía, porque haciéndome cristiano me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida. Asimismo siento el deber de dar gracias y bendecir a quien fue para mí transmisor de los dones de la vida que me has concedido Tú, Señor: los que me han traído a la vida (¡sean benditos mis Padres, tan dignos!), los que me han educado, amado, hecho bien, ayudado, rodeado de buenos ejemplos, de cuidados, afectos, confianza, bondad, cortesía, amistad, fidelidad, respeto. Contemplo lleno de agradecimiento las relaciones naturales y espirituales que han dado origen, ayuda, consuelo y significado a mi humilde existencia: ¡Cuántos dones, cuántas cosas hermosas y elevadas, cuánta esperanza he recibido yo en este mundo! Ahora que la jornada llega al crepúsculo y todo termina y se desvanece esta estupenda y dramática escena temporal y terrena, ¿cómo agradecerte, Señor, después del don de la vida natural, el don muy superior de la fe y de la gracia, en el que únicamente se refugia al final mi ser? ¿Cómo celebrar dignamente tu bondad, Señor, porque apenas entrado en este mundo, fui insertado en el mundo inefable de la Iglesia católica? Y ¿cómo, por haber sido llamado e iniciado en el Sacerdocio de Cristo? Y ¿cómo, por haber tenido el gozo y la misión de servir a las almas, a los hermanos, a los jóvenes, a los pobres, al pueblo de Dios, y haber tenido el honor inmerecido de ser ministro de la santa Iglesia, en Roma sobre todo, al lado del Papa, después en Milán como arzobispo en la

cátedra, demasiado alta para mí y venerabilísima, de los santos Ambrosio y Carlos, y finalmente en ésta de San Pedro, suprema y tremenda y santísima? *In aeternum Domini misericordias cantabo.*

Reciban mi saludo y bendición todas las personas que he encontrado en mi peregrinación terrena; los que fueron colaboradores míos, consejeros y amigos, y ¡tantos lo han sido, y tan buenos y generosos y queridos! ¡Benditos sean los que recibieron mi ministerio y fueron hijos y hermanos míos en nuestro Señor!

A vosotros, Lodovico y Francesco, hermanos de sangre y de espíritu, y a vosotros los seres tan queridos todos de mi casa, que no me habéis pedido nada, ni habéis recibido ningún favor terreno de mí, y que siempre me habéis dado ejemplo de virtudes humanas y cristianas, que me habéis comprendido con tanta discreción y cordialidad y, sobre todo, me habéis ayudado a buscar en la vida presente el camino hacia la futura, a vosotros va mi paz y mi bendición.

El pensamiento se vuelve hacia atrás y se extiende alrededor; y sé bien que no sería cumplida esta despedida, si no me acordase de pedir perdón a cuantos haya podido ofender, o no servir, o no amar bastante; e igualmente si no me acordara del perdón que algunos puedan desear de mí.

La paz del Señor sea con nosotros.

Y siento que la Iglesia me rodea: oh, Iglesia santa, una y católica y apostólica, recibe mi supremo acto de amor con mi bendición y saludo.

A ti, Roma, diócesis de San Pedro y del Vicario de Cristo, tan querida de este último siervo de los siervos de Dios, mi bendición más paternal y más plena, para que Tú, Urbe del Orbe, tengas siempre presente tu misteriosa vocación y sepas responder con virtudes humanas y con fe cristiana a tu misión espiritual y universal, todo a lo largo de la historia del mundo.

Y a Vosotros todos, venerables Hermanos en el Episcopado, mi saludo más cordial y reverente; estoy con vosotros en la única fe, en la misma caridad, en el empeño apostólico común, en el servicio solidario del Evangelio, para edificación de la Iglesia de Cristo y salvación de toda la humanidad. A todos los Sacerdotes, los Religiosos y las Religiosas, los Alumnos de nuestros Seminarios, los Católicos fieles y militantes, los jóvenes, los que sufren, los pobres, los que buscan la verdad y la justicia: a todos, la bendición del Papa, que muere.

Y también, con particular reverencia y agradecimiento a los Señores Cardenales y a toda la Curia romana: ante vosotros, que me rodeáis más de cerca, profeso solemnemente nuestra Fe, declaro nuestra Esperanza, celebro la Caridad que no muere, aceptando humildemente de la divina voluntad la muerte que me esté destinada, invocando la gran misericordia del Señor, implorando la intercesión clemente de María santísima, de los Ángeles y de los Santos, y encomendando mi alma a la oración de los buenos.

2.—Nombre heredero universal a la Santa Sede: me obligan a ello el deber, la gratitud y el amor, salvo las disposiciones que abajo se indican.

3.—Sea executor testamentario mi Secretario privado. El tendrá a bien aconsejarse de

la Secretaría de Estado y se atenderá a las normas jurídicas vigentes y a las buenas costumbres eclesiásticas.

4.—En cuanto a las cosas de este mundo: me propongo morir pobre y simplificar así todo.

Por lo que se refiere a los bienes muebles e inmuebles de mi propiedad personal, que aún pudieran quedar de *proveniencia familiar*, dispongan de ellos libremente mis Hermanos Lodovico y Francesco; les ruego que apliquen algún sufragio por mi alma y por las de nuestros Difuntos. Den algunas limosnas a personas necesitadas y para obras buenas. Guarden para sí y den a quien lo merezca o lo desee algún recuerdo de las cosas, o de los objetos religiosos, o de los libros de mi propiedad particular. Destruyan las notas, cuadernos, correspondencia y escritos míos personales.

De las demás cosas que se puedan decir mías personales: disponga, como ejecutor testamentario, mi Secretario privado, guardando para sí y entregando a las personas más amigas algún pequeño objeto como recuerdo. Agradeceré que se destruyan los manuscritos y notas de mi puño y letra; y que de la correspondencia recibida, de carácter espiritual y reservado, se quemé todo lo que no estaba destinado al conocimiento de los demás. En el caso de que el ejecutor testamentario no pueda realizar esto, tenga a bien hacerlo la Secretaría de Estado.

5.—Ruego vivamente que se celebren sufragios y se den limosnas generosas, dentro de lo posible.

Respecto a los funerales: sean devotos y sencillos. (Se suprima el catafalco que se usa para las exequias pontificias, sustituyéndolo por algo humilde y decoroso).

La tumba: desearía que fuera en la tierra misma, con una señal modesta, que indique el lugar e invite a piedad cristiana. No quiero monumento ninguno.

6.—Y respecto a lo que más importa, despidiéndome de la escena de este mundo y yendo al encuentro del juicio y de la misericordia de Dios: debería decir tantas cosas, muchas. Sobre la situación de la Iglesia; que escuche las palabras que le hemos dedicado con tanto afán y amor. Sobre el Concilio: se lleve a término felizmente y trátese de cumplir con fidelidad sus prescripciones. Sobre el ecumenismo: continúese la tarea de acercamiento a los Hermanos separados, con mucha comprensión, mucha paciencia y gran amor; pero sin desviarse de la auténtica doctrina católica. Sobre el mundo: no se piense que se le ayuda adoptando sus criterios, su estilo y sus gustos, sino procurando conocerlo, amándolo y sirviéndolo.

Cierro los ojos sobre esta tierra doliente, dramática y magnífica, implorando una vez más sobre ella la Bondad divina. De nuevo bendigo a todos. Especialmente a Roma, Milán y Brescia. Y una bendición y un saludo especial para Tierra santa, la Tierra de Jesús, adonde fui como peregrino de fe y de paz. Y a la Iglesia, a la queridísima Iglesia católica, a la humanidad entera, mi bendición apostólica.

Finalmente: *In manus Tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Ego: Paulus P.P. VI

Roma, junto a San Pedro, 30 de junio de 1965, año III de nuestro Pontificado.

(Notas complementarias a mi testamento)

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.

Magnificat anima mea Dominum. Maria!

Credo. Spero. Amo. In Pax Christi.

Doy las gracias a cuantos me han hecho bien. Pido perdón a cuantos yo no haya hecho bien. A todos doy yo la paz en el Señor.

Saludo a mi queridísimo Hermano Lodovico y a todos mis familiares, parientes, amigos y a cuantos han recibido mi ministerio. Gracias a todos los colaboradores, particularmente a la Secretaría de Estado.

Bendigo con especial caridad a Brescia, Milán, Roma, a toda la Iglesia. *Quam dilecta tabernacula tua, Domine!*

Todo lo mío para la Santa Sede.

Se encargue mi Secretario particular, el querido Don Pasquale Macchi, de que se celebren algunos sufragios y se hagan algunas obras de beneficencia, y que de entre los libros y objetos de mi pertenencia se reserve para él y dé a las personas queridas algún recuerdo.

No deseo ninguna tumba especial.

Algunas oraciones para que Dios tenga misericordia de mí.

In Te, Domine, speravi. Amen, alleluia. A todos mi bendición, *in nomine Domine.*

Paulus PP. VI

Castel Gandolfo,

16 de septiembre de 1972, hora 7:30.

Anexo a mis disposiciones testamentarias

Deseo que mis funerales sean de la máxima simplicidad y no quiero tumba especial, ni monumento alguno. Algunos sufragios (obras de beneficencia y oraciones).

Paulus PP. VI

14 de julio de 1973

Meditación de Pablo VI ante la Muerte[\[38\]](#)

«*Tempus resolutionis meae instat*: Es ya inminente el tiempo de mi partida» (2 Tim 4, 6).

«*Certus quod velox est depositio tabernaculi mei*: Sabiendo que pronto será removida mi tienda» (2 Pe 1, 14). «*Finis venit, venit finis*: Es el fin... viene el fin» (Ez 7, 2).

Se impone esta consideración obvia sobre la caducidad de la vida temporal y sobre el acercamiento inevitable y cada vez más próximo de su fin. No es sabia la ceguera ante este destino indefectible, ante la desastrosa ruina que comporta, ante la misteriosa metamorfosis que está para realizarse en mi ser, ante lo que se avecina.

Veo que la consideración predominante se hace sumamente personal: yo, ¿quién soy?, ¿qué queda de mí?, ¿a dónde voy?, y por eso sumamente moral: ¿qué debo hacer?, ¿cuáles son mis responsabilidades?: y veo también que respecto a la vida presente es vano tener esperanzas; respecto a ella se tienen deberes y expectativas funcionales y momentáneas; las esperanzas son para el más allá.

Y veo que esta consideración suprema no puede desarrollarse en un monólogo subjetivo, en el acostumbrado drama humano que, al aumentar la luz, hace crecer la oscuridad del destino humano; debe desarrollarse en diálogo con la Realidad divina, de donde vengo y adonde ciertamente voy: conforme a la lámpara que Cristo nos pone en la mano para el gran paso. Creo, Señor.

Llega la hora. Desde hace algún tiempo tengo el presentimiento de ello. Más aún que el agotamiento físico, pronto a ceder en cualquier momento, el drama de mis responsabilidades parece sugerir como solución providencial mi éxodo de este mundo, a fin de que la Providencia pueda manifestarse y llevar a la Iglesia a mejores destinos. Sí, la Providencia tiene muchos modos de intervenir en el juego formidable de las circunstancias que cercan mi pequeñez; pero el de mi llamada a la otra vida parece obvio, para que me sustituya otro más fuerte y no vinculado a las presentes dificultades. «*Servus inutilis sum*: Soy un siervo inútil». «*Ambulate dum lucem habetis*: caminad mientras tenéis luz» (*Jn 12. 55*).

Ciertamente, me gustaría, al acabar, encontrarme en la luz. De ordinario el fin de la vida temporal, si no está oscurecido por la enfermedad, tiene una peculiar claridad oscura: la de los recuerdos tan bellos, tan atrayentes, tan nostálgicos y tan claros ahora ya para denunciar su pasado irrecuperable y para burlarse de su llamada desesperada. Allí está la luz que descubre la desilusión de una vida fundada sobre bienes efímeros y sobre esperanzas falaces. Allí está la luz de los oscuros y ahora ya ineficaces remordimientos. Allí está la luz de la sabiduría que por fin vislumbra la vanidad de las cosas y el valor de las virtudes que debían caracterizar el curso de la vida: «*vanitas vanitatum*: vanidad de vanidades». En cuanto a mí, querría tener finalmente una noción compendiosa y sabia del mundo y de la vida: pienso que esta noción debería expresarse en reconocimiento: todo era don, todo era gracia: y qué hermoso era el panorama a través del cual ha pasado; demasiado bello, tanto que nos hemos dejado atraer y encantar, mientras debía aparecer como signo e invitación. Pero, de todos modos, parece que la despedida deba expresarse en un acto grande y sencillo de reconocimiento, más aún de gratitud: esta vida mortal es, a pesar de sus vicisitudes y sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellísimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y con gloria: ¡la vida, la vida del hombre! Ni menos digno de exaltación y de estupor feliz es el cuadro que circunda la vida del hombre: este mundo inmenso, misterioso, magnífico, este universo de tantas fuerzas, de tantas leyes, de tantas bellezas, de tantas profundidades. Es un panorama encantador. Parece prodigalidad sin medida. Asalta, en esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber admirado bastante este cuadro, de no haber observado cuanto merecían las maravillas de la naturaleza, las riquezas sorprendentes del

macrocosmos y del microcosmos.

¿Por qué no he estudiado bastante, explorado, admirado la morada en la que se desarrolla la vida? ¡Qué distracción imperdonable, qué superficialidad reprobable! Sin embargo, al menos *in extremis*, se debe reconocer que ese mundo «*qui per Ipsum factus est*: que fue hecho por medio de El», es estupendo. Te saludo y te celebro en el último instante, sí, con inmensa admiración; y, como decía, con gratitud: todo es don: detrás de la vida, detrás de la naturaleza, del universo, está la Sabiduría; y después, lo diré en esta despedida luminosa (Tú nos lo has revelado, Cristo Señor) ¡está el Amor! ¡La escena del mundo es un diseño, todavía hoy incomprendible en su mayor parte, de un Dios Creador, que se llama nuestro Padre que está en los cielos! ¡Gracias, oh Dios, gracias y gloria a ti, oh Padre! En esta última mirada me doy cuenta de que esta escena fascinante y misteriosa es un reverbero: es un reflejo de la primera y única Luz; es una revelación natural de extraordinaria riqueza y belleza, que debía ser una iniciación, un preludeo, un anticipo, una invitación a la visión del Sol invisible, «*quem nemo vidit unquam*: a quien nadie vio jamás» (cf. *Jn* 1, 18): «*Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, Ipse enarravit*: el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ese le ha dado a conocer». Así sea, así sea.

Pero ahora, en este ocaso revelador, otro pensamiento, más allá de la última luz vespertina, presagio de la aurora eterna, ocupa mi espíritu: y es el ansia de aprovechar la hora undécima, la prisa de hacer algo importante antes de que sea demasiado tarde. ¿Cómo reparar las acciones mal hechas, cómo recuperar el tiempo perdido, cómo aferrar en esta última posibilidad de opción «*el unum necessarium*: la única cosa necesaria»?

A la gratitud sucede el arrepentimiento. Al grito de gloria hacia Dios Creador y Padre sucede el grito que invoca misericordia y perdón. Que al menos sepa yo hacer esto: invocar tu bondad y confesar con mi culpa tu infinita capacidad de salvar. «*Kyrie eleison; Christe eleison; Kyrie eleison*: Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad; Señor, ten piedad».

Aquí aflora a la memoria la pobre historia de mi vida, entretejida, por un lado con la urdimbre de singulares e inmerecidos beneficios, provenientes de una bondad inefable (es la que espero podré ver un día y «cantar eternamente»); y, por otro, cruzada por una trama de míseras acciones, que sería preferible no recordar, son tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas. «*Tu scis insipientiam meam*: Dios mío, tú conoces mi ignorancia» (*Sal* 68, 6). Pobre vida débil, enclenque, mezquina, tan necesitada de paciencia, de reparación, de infinita misericordia. Siempre me parece suprema la síntesis de san Agustín: miseria y misericordia. Miseria mía, misericordia de Dios. Que al menos pueda honrar a Quien Tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia.

Y luego, finalmente, un acto de buena voluntad: no mirar más hacia atrás, sino cumplir con gusto, sencillamente, humildemente, con fortaleza, como voluntad tuya, el deber que deriva de las circunstancias en que me encuentro.

Hacer pronto. Hacer todo. Hacer bien. Hacer gozosamente: lo que ahora Tú quieres de mí, aun cuando supere inmensamente mis fuerzas y me exija la vida. Finalmente, en esta

última hora.

Inclino la cabeza y levanto el espíritu. Me humillo a mí mismo y te exalto a ti, Dios, «cuya naturaleza es bondad» (san León). Deja que en esta última vigilia te rinda homenaje, Dios vivo y verdadero, que mañana serás mi juez, y que te dé la alabanza que más desees, el nombre que prefieres: eres Padre.

Después yo pienso aquí ante la muerte, maestra de la filosofía de la vida, que el acontecimiento más grande entre todos para mí fue, como lo es para cuantos tienen igual suerte, el encuentro con Cristo, la Vida. Ahora habría que volver a meditar todo con la claridad reveladora que la lámpara de la muerte da a este encuentro. «*Nihil enim nobis nasci profuit, nisi redimi profuisset*: En efecto, de nada nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados». Este es el descubrimiento del pregón pascual, y este es el criterio de valoración de cada cosa que mira a la existencia humana y a su verdadero y único destino, que solo se determina en relación a Cristo: «*O mira circa nos tuae pietatis dignatio*: ¡Oh piedad maravillosa de tu amor para con nosotros!». Maravilla de las maravillas, el misterio de nuestra vida en Cristo. Aquí la fe, la esperanza, el amor cantan el nacimiento y celebran las exequias del hombre. Yo creo, yo espero, yo amo, en tu nombre, Señor.

Y después, todavía me pregunto: ¿por qué me has llamado, por qué me has elegido?, ¿tan inepto, tan reacio, tan pobre de mente y de corazón? Lo sé: «*Quae stulta sunt mundi elegit Deus... ut non gloriatur omnis caro in conspectu eius*: eligió Dios la necesidad del mundo... para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor 1, 27-28). Mi elección indica dos cosas: mi pequeñez; tu libertad misericordiosa y potente, que no se ha detenido ni ante mis infidelidades, mi miseria, mi capacidad de traicionarte: «*Deus meus, Deus meus, audebo dicere... in quodam aestasis tripudio de Te praesumendo dicam: nisi quia Deus es, iniustus esses, quia peccavimus graviter... et Tu placatus es. Nos Te provocamus ad iram, Tu autem conducis nos ad misericordiam*: Dios mío, Dios mío, me atreveré a decir en un regocijo extático de Ti con presunción: si no fueses Dios, serías injusto, porque hemos pecado gravemente... y Tú Te has aplacado. Nosotros Te provocamos a la ira, y Tú en cambio nos conduces a la misericordia» (PL 40, 1150).

Y heme aquí a tu servicio, heme aquí en tu amor. Heme aquí en un estado de sublimación que no me permite volver a caer en mi sicología instintiva de pobre hombre, sino para recordarme la realidad de mi ser, y para reaccionar en la más ilimitada confianza con la respuesta que debo: «*Amen; fiat; Tu scis quia amo Te*: Así sea, así sea. Tú sabes que te amo». Sobreviene un estado de tensión y fija mi voluntad de servicio por amor en un acto permanente de absoluta fidelidad: «*In finem dilexit*: amó hasta el fin». «*Ne permitas me separari a Te*: no permitas que me separe de Ti». El ocaso de la vida presente, que había soñado reposado y sereno, debe ser, en cambio, un esfuerzo creciente de vela, de dedicación, de espera. Es difícil; pero la muerte sella así la meta de la peregrinación terrena y ayuda para el gran encuentro con Cristo en la vida eterna. Recojo las últimas fuerzas y no me aparto del don total cumplido, pensando en tu «*consumatum est*: todo está acabado».

Recuerdo el anuncio que el Señor hizo a Pedro sobre la muerte del Apóstol: «*amen*,

amen dico tibi... cum... senueris, extends manus tuas, et alius te cinget, et ducet quo tu non vis. Hoc autem (Jesus) dixit significans qua morte (Petrus) clarificaturus esset Deum. Et, cum hoc dixisset, dicit ei: sequere me: en verdad, en verdad te digo:... cuando envejecas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después añadió: Sígueme» (Jn 21, 18-19).

Te sigo; y advierto que yo no puedo salir ocultamente de la escena de este mundo; tantos hilos me unen a la familia humana, tantos a la comunidad que es la Iglesia. Estos hilos se romperán por sí mismos; pero yo no puedo olvidar que exigen de mí un deber supremo. «*Discessus pius*: muerte piadosa». Tendré ante el espíritu la memoria de cómo Jesús se despidió de la escena temporal de este mundo. Recordaré cómo Él hizo previsión continua y anuncio frecuente de su pasión, cómo midió el tiempo en espera de «su hora», cómo la conciencia de los destinos escatológicos llenó su espíritu y su enseñanza y cómo habló a los discípulos en los discursos de la última Cena sobre su muerte inminente; y finalmente cómo quiso que su muerte fuese perennemente conmemorada mediante la institución del sacrificio eucarístico: «*Mortem Domini annuntiabitur donec veniat*: anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga».

Un aspecto principal sobre todos los otros: «*Tradidit semetipsum*: se entregó a sí mismo por mí»; su muerte fue sacrificio; murió por los otros, murió por nosotros. La soledad de la muerte estuvo llena de nuestra presencia, estuvo penetrada de amor: «*Dilexit Ecclesiam*: amó a la Iglesia» (recordar «*le mystère de Jésus*» de Pascal). Su muerte fue revelación de su amor por los suyos: «*In finem dilexit*: amó hasta el fin». Y al término de la vida temporal dio ejemplo impresionante del amor humilde e ilimitado (cfr. el lavatorio de los pies) y de su amor hizo término de comparación y precepto final. Su muerte fue testamento de amor. Es preciso recordarlo.

Por tanto ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte próxima don de amor para la Iglesia. Puedo decir que siempre la he amado; fue su amor quien me sacó de mi mezquino y selvático egoísmo y me encaminó a su servicio; y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese; y que yo tuviese la fuerza de decírselo, como una confidencia del corazón que solo en el último momento de la vida se tiene el coraje de hacer. Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla. También porque no la dejo, no salgo de ella, sino que me uno y me confundo más y mejor con ella: la muerte es un progreso en la comunión de los Santos.

Ahora hay que recordar la oración final de Jesús (Jn 17). El Padre y los míos; estos son todos uno; en la confrontación con el mal que hay en la tierra y en la posibilidad de

su salvación; en la conciencia suprema que era mi misión llamarlos, revelarles la verdad, hacerlos hijos de Dios y hermanos entre sí; amarlos con el Amor que hay en Dios y que de Dios, mediante Cristo, ha venido a la humanidad y por el ministerio de la Iglesia, a mí confiado, se comunica a ella.

Hombres, comprendedme; a todos os amo en la efusión del Espíritu Santo, del que yo, ministro, debía haceros partícipes. Así os miro, así os saludo, así os bendigo. A todos. Y a vosotros, más cercanos a mí, más cordialmente. La paz sea con vosotros. Y, ¿qué diré a la Iglesia a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo.

Amén. El Señor viene. Amén.

[38](#) *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XI - N. 32, 12 de agosto, 1979, págs 1 y 12. Según don Pasquale Macchi, su secretario particular, el Papa escribió estas páginas en Castelgandolfo, «quizás después de la redacción del testamento, al concluir un retiro espiritual» (cf. *ib.* pág. 12).

Índice

PORTADA	2
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO I. Brescia (1897-1920)	11
CAPÍTULO II. Roma (1920-1954)	15
CAPÍTULO III. Milán (1954-1963)	21
CAPÍTULO IV. Tu es Petrus (1963-1978)	26
EPÍLOGO	54
ANEXO DOCUMENTAL	55